

practicar el bien; pues es imposible que el que oye a Dios y le habla, no consiga utilidad. (S. Juan Crisóst., Homl. 52, sent. 6, adic. Tric. T. 6, p. 452.)”

“Los Paganos y los Judíos son enemigos declarados de la Iglesia: pero la vida de los malos cristianos, es más abominable y causa mayores perjuicios. (S. Agust., Psalm. 30, sent. 14, Tric. T. 7, p. 455.)”

“Los trabajos de la Iglesia no tendrán fin hasta que se acaben los siglos. (S. Agust., Psalm. 61, sent. 92, Tric. T. 7, p. 463.)”

“En todas las profesiones que hay en la Iglesia, hay fingidos e hipócritas. (S. Agust., Psalm. 99, sent. 146, Tric. T. 7, p. 468.)”

“Lo que tiene con seguridad en la Iglesia a la multitud de la plebe, no es la viveza en entender, sino la sencillez en creer. (S. Agust., Ep. tund., c. 4, sent. 19, adic., Tric. T. 7, p. 485.)”

“No creyera yo al Evangelio, si no me moviera la autoridad de la Iglesia católica. (S. Agust., ibid. 5, sent. 20, adic., Tric. ibid., ibidl.)”

“Venid a la iglesia todos los Domingos. Si los infelices Judíos observan el sábado con tanta exactitud, que en este día no se ocupan en ninguna obra terrena, con mayor razón deben los cristianos ocupar en sólo Dios el día del Domingo y venir a la iglesia a procurar la salvación de su alma. Orad, pues, en la iglesia y no estéis hablando: atended con aplicación a la divina lectura. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 66, sent. 14, Tric. T. 9, p. 46.)”

“A los Emperadores pertenece la administración de las cosas temporales, y a los Pastores y Directores el gobierno de la Iglesia. (S. Juan Damas., Orat. de imag., sent. 6, Tric. T. 9, p. 292.)”

“Sobre S. Pedro está fundada la Iglesia como sobre un piedra solidísima: piedra firme, cuyo nombre tan dignamente tenéis, oh glorioso Príncipe de los Apóstoles: las puertas del infierno, las blasfemias de los herejes, los órganos impíos de los espíritus infernales, harán todo cuanto puedan contra ella, y la darán terribles asaltos; pero aunque se unan todos sus esfuerzos, no llegarán a vencerla... Jesucristo conquistó su Iglesia a costa de su sangre, y os ha confiado su cuidado como al más fiel siervo suyo. Conservadla con vuestras súplicas, pedid a Dios que se sosiegue la tempestad que han excitado contra ella, que cese el tumulto y que nos conceda por su gracia aquella tranquila paz y aquella calma que reina sobre las olas irritadas. (S. Juan Damasceno, de Domini transfig., sent. 7, Tric. T. 9, p. 292.)”

“Deseo y os aconsejo, que en dar la reverencia a la suprema Sede

Apostólica, y al Vicario del bienaventurado S. Pedro, sigáis lo que queréis que con vos observe todo el Imperio. (S. Bern., Ep. 183, ad Conrad., Reg. Roman., sent. 26, adic., Tric. T. 10, p. 355.)”

“Y pues en lugar de Har y Aarón está el celo y autoridad de la Iglesia Romana sobre el pueblo de Dios, con razón nos remitimos a esta: no diré ahora en las cuestiones, sino en los daños de la fe, en las injurias de Cristo, en los agravios y desagravios de los padres, escandalosos para los presentes y peligrosos para los venideros. (s. Bern., Epist. 188, ad Episcop. et Cardin. curiae, sent. 27, adic., Tric. T. 10, p. 355.)”

“¡Quién me diera a ver, antes de morir, a la Iglesia de Dios, como en los antiguos tiempos, cuando los Apóstoles echaban las redes para coger, y no oro ni plata, sino para coger almas!. (S. Bern., Ep. 237, ad Eug., Pap., sent. 29, adic., Tric. T. 10, p. 356.)”

Impíos.— “Dijo el necio en su corazón, no hay Dios: ¿habrá alguno que pueda creer que no hay Dios, si mira al mundo? Pero muchas veces sucede, que cuando la fuerza de la verdad nos precisa a conocer a Dios, los encantos de los vicios y los placeres del mundo, no inclina a no creerle: y así decimos por el consejo de un corazón impío, lo que creemos contra la fe. (San Hilario, in Psalm. 52, sent. 10, Tric. T. 2, p. 259.)”

“Es preciso ser tan loco como impío, para dejar de conocer que dependemos absolutamente de Dios, y para querer, por el contrario, en cuanto se hace y espera confiar en las propias fuerzas. Porque si en nosotros hay algún bien, sin duda viene de Dios. Por lo cual, es preciso poner en El toda nuestra esperanza y confesar que del Señor nos viene todo, a ejemplo del Profeta, que clama: Señor, vos sois mi protector y mi redentor. (S. Hilario, in Psalm. 51, sent. 26, Tric. T. 2, p. 264.)”

“Es temor de impíos temblar en donde no hay que temer, y no temblar cuando se debe; pues sucede muchas veces llegarnos a persuadir, que debemos lisonjear a los reyes porque tienen algún poder sobre nuestros cuerpos, y este no puede pasar del que tiene un asesino, una calentura, un incendio, un naufragio o una ruina. Y para evitar un mal tan corto y pasajero, sacrificamos algunas veces la libertad de la Iglesia, la conciencia, la esperanza y la confesión del nombre de Dios. De este modo, por no temer como debemos a Dios, que castiga tan rigurosamente los cuerpos y las almas en las llamas de su juicio, por evitar un momento de penas, nos precipitamos en los suplicios de

sus eternas venganzas. (S. Hilario, in Psalm. 52, sent. 27, Tric. T. 2, p. 264.)”

“Más afligido es el impío con sus propias sospechas, que muchos con los ajenos azotes...: es cosa grande estar interiormente tranquilo, y conforme contigo mismo. (San Ambrosio, de Jacob., lib. 2, c. 6, sent. 17, adic., Tric. T. 4, p. 398.)”

“Los impíos andan alrededor, porque naturalmente, apetecen dar satisfacción al apetito, y neciamente despreciar el modo de conseguir el fin. (S. Bern., de dilig. Deo, n. 9, sent. 162, Tric. T. 10, p. 331.)”

“El impío dice S. Buenaventura, es una caña. La caña crece en el barro, cede a los vientos, nada produce y es inconstante: hace ruido, es ligera, vil, débil, se rompe y solo sirve para el fuego. Tal es el impío. —In speculo— (Barbier, T. 2, p. 467.)”

“No hay paz para el impío, dice el Señor en Isaías: Non es pax impiis, dicit Dominus. Porque los impíos siguen las inspiraciones de sus deseos que les ocasionan mil luchas interiores y exteriores. (Barbier, T. 2, p. 469.)”

“No hay paz para el impío. Notad aquí que el fruto de la virtud, es la paz del alma y la alegría en el Espíritu Santo, como dice S. Pablo a los romanos; pero el fruto de la impiedad, es la turbación, el trastorno del alma, y por consiguiente, los placeres criminales están llenos de hiel y terminan con manchas, con dolores del cuerpo y del alma, del tiempo y de la eternidad. (Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Dios está lejos de los impíos, dicen los Proverbios: Longe est Dominus ab impiis. Está lejos de ellos con sus favores y sus riquezas espirituales, porque los aborrece y detesta al ver que ellos se alejan de su lado con su impiedad. Dios está cerca de los justos que le escuchan cuando manda y le obedecen: por esto, satisfaciendo ellos el deseo que tienen, satisfacen también el de los justos. Pero está muy lejos de los impíos que no quieren oírle, obedecerle ni sujetarse a su voluntad que desprecian. Y en castigo de sus impiedades, Dios aparta de ellos el rostro, no fija en ellos más que las miradas terribles de su ira y de su justicia y los desprecia severamente. No tendrán más herencia de Dios que sus eternas venganzas. ¡Triste herencia es la de los demonios y de los réprobos! ¡Triste herencia y desgraciados herederos! (Barbier, T. 2, p. 470.)”

“El blasfemo, por hábito o costumbre es impío. Es responsable de los pecados que otros cometen por su escándalo. Son también impíos, los padres descuidados en la instrucción de sus hijos; los profanadores

de los días festivos, por sí, y por la causa que son para otros; y para reasumirlo en breves palabras, todos los empedernidos en los vicios y pasiones, que son la ruina del prójimo. (Barbier, *ibid.*, p. 471.)”

Ingratitud (la).— “Es enemiga del alma, disipa los méritos, ahuyenta las virtudes, impide que nos aprovechemos de los beneficios; la ingratitud es un viento abrasador que seca el manantial de la piedad, el rocío de la misericordia, los canales de la gracia, es enemiga de la gracia y de la salvación. Nada es más desagradable a Dios. Cierra las vías que pueden comunicarnos sus dones; allí en donde se halla, la gracia no puede acercarse ni hacerse lugar. (Serm. 41, Barbier, T. 1, p. 34.)”

J

Jesucristo.— “Los Reyes Magos manifestaron por la naturaleza de sus dones quien era Aquel que adoraban; la mirra indicaba que Aquel era el que había de morir y ser sepultado por el género humano; el oro, que era un Rey cuyo reino no tenía límites; el incienso, que Aquel era el Dios que se había dado a conocer en Judea, y manifestado a las gentes que no le buscaban. (S. Ireneo, sent. 4, Tric. T. 1, p. 86.)”

“Rescindiendo lo que creíste, das pruebas de que antes de rescindirle fue muy diferente lo que creíste que era de otro modo. Ello así había venido por tradición, y a la verdad, lo que había venido por tradición era lo verdadero, como que nos había venido de aquellos a quienes pertenecía comunicar la tradición. Síguese, pues, que rescindiendo lo que era tradición, rescindiste lo que era verdad; no tuviste derecho para ejecutarlo así. (Tertuliano, ha. de carne Christi, c. 2, sent. 23, adic., Tric. T. 1, p. 366 y 367.)”

“Para Dios solamente es imposible lo que no quiere. (Tertuliano, ibid., c. 3, sent. 24, Tric. T. 1, p. 367.)”

“Nació el Hijo de Dios: esto no avergüenza por la misma razón de ser cosa vergonzosa. Murió el Hijo de Dios, por esto mismo es creíble, porque no lo alcanza la razón: sepultado resucitó; esto es cierto porque es imposible (a la naturaleza). (Tertuliano, ibid., c. 5, sent. 25, adic., Tric. T. 1, p. 367.)”

“El que había de ofrecer una nueva natividad, debía nacer de un nuevo modo. (Tertuliano, ibid., c. 17, sent. 26, adic., Tric. ibid.)”

“¿Quién es el que con una poderosa e invisible mano, ha destruido de la sociedad de los hombres como a monstruos horribles aquella tropa tanto tiempo ha nociva y perniciosa, aquella cohorte de demonios que antes devoraban a todo el género humano, y por medio de los ídolos obraban entre los hombres una multitud de prodigios? ¿Quién

sino nuestro Salvador es el que ha dado a los que abrazan la regla de esta vida pura y sincera, aquella filosofía que recibieron de su espíritu? ¿Quién sino este Señor les ha dado el poder para quitar de en medio de los hombres las reliquias de aquellos espíritus malignos, con la invocación de su nombre y las oraciones más puras que por El se dirigen al Supremo Dios del universo? ¿Quién sino nuestro Salvador ha enseñado a sus discípulos, sacrificios no sangrientos, en los que una víctima racional es ofrecida a Dios con oraciones y con palabras divinas e inefables? De suerte que ya en toda la tierra se erigen altares y lugares consagrados a la concurrencia de los fieles, y en todas las naciones se ofrece a Dios, Monarca del universo, un culto digno de su infinita santidad, que consiste en sacrificios espirituales y en una víctima razonable. (Eusebio de Cesarea, sent. 8, Tric. T. 2, p. 85.)”

“El Hijo de Dios tomó sobre sí nuestra pobreza y miseria para participarnos su opulencia y sus riquezas. Su pasión nos hará algún día impasibles, y su muerte inmortales: sus lágrimas son nuestro gozo, su sepultura nuestra resurrección, y su bautismo nuestra santificación, según aquellas palabras del Evangelio: Para ellos yo me santifico, con el fin de que sean santos de verdad. (S. Atanasio, sent. 1, Tric. T. 2, p. 171.)”

“Como Jesucristo es el capitán de todos los santos, el demonio es el jefe de todos los pecadores. (S. Hilario, Psalm. 139, sent. 18, Tric. T. 2, p. 261.)”

“Considerar como una grande prueba de la divinidad del Salvador, ver que la predicación del Evangelio no ha seguido el orden de la naturaleza; a la verdad, si lo que se predica de Jesucristo estuviera reducido a los límites de la naturaleza, ¿en dónde estaría su divinidad? Pues si lo que se os dice del Salvador es superior a la naturaleza, esas mismas cosas, para cuya creencia sentís repugnancia, son pruebas de la divinidad de Aquel que se os predica. (S. Greg. de Nisa. —Cath. Orat., c. 13—, sent. 26, Tric. T. 4, p. 117 y 118.)”

“Si el propio carácter de la Divinidad es la benevolencia para con los hombres, no es necesario buscar otra razón para que viniese Jesucristo a visitarnos: estando enferma nuestra naturaleza, necesitada de quien la sanase; habiendo caído, de quien la levantase; habiendo perdido la vida, de quien la vivificase; habiendo perdido el derecho de participar del verdadero bien, necesitaba de quien se lo renovase; hallándose envuelta en tinieblas, de quien la iluminase, estando cautiva, de quien la rescatase; estando aprisionada, de quien rompiera sus

cadenas; estando oprimida con el yugo de la servidumbre, de quien la pusiese en libertad. ¿Os parecerá que estos motivos no son suficientes y dignos de obligar la bondad de Dios a bajar a la tierra para socorrer a la naturaleza humana que había criado? (San Greg. de Nisa, c. 15, sent. 27, Tric. T. 4, p. 118.)”

“El que Dios quisiese traernos la salud, es un efecto de su bondad; que nos rescatase de la cautividad con ciertas condiciones, es un efecto de su justicia, y el que lo ejecutase de un modo tan ingenioso que sorprendiese a nuestro enemigo, es un efecto de su soberana sabiduría. (S. Greg. de Nisa, c. 23, sent. 28, Tric. T. 4, p. 118.)”

“Dijo muy bien el Apóstol: que Dios entregó a su Hijo a la muerte por todos nosotros, para dar a entender que el que a todos nos amó con tanto exceso, que entregó a su amado Hijo a la pasión por cada uno de nosotros, ¡cómo será posible que no le de todo a aquellos a quienes ha dado al que es infinitamente mejor que todas las cosas! No tenemos, pues motivo para recelar que después de este beneficio nos niegue nada, ni debemos desconfiar en punto de la continuación de la liberalidad divina, supuesto que ha tanto tiempo que sentimos esos efectos, con tanta profusión. (S. Ambrosio de Jacob, vita beat., lib. 1, c. 6, sent. 21, Tric. T. 4, p. 317.)”

“¡Podría ser creíble que el Padre celestial quisiese recoger estos mismos beneficios que nos ha comunicado, o retirar su afecto paternal de los que adoptó por hijos suyos! Pero me dirá alguno que tenemos en Dios un Juez severo. Consideremos bien quien es el Juez: esto es Jesucristo, al que el Padre ha concedido todo el poder para juzgar al mundo. ¡Cómo ha de querer este Salvador condenar a los que rescató del poder de la muerte, sujetándose a sufrirla, cuando sabe que la vida de los redimidos es el precio de la muerte! No dirá más bien, ¿qué utilidad hay en mi sangre si condeno a los mismos que he salvado? (S. Ambrosio, *ibid.*, *ibid.*, sent. 22, Tric. T. 4, p. 317 y 318.)”

“Estoy tan distante de excusar en nuestro Señor el sentimiento de tristeza que manifestó en el huerto, que no me parece que hay cosa alguna en que más se admire su bondad y majestad; pues me hubiera dado mucho menos si no se hubiera revestido de mis propios afectos. Por mí, pues, sufrió el dolor, el que en si nada tenía que se le pudiera causar; y suspendiendo en su alma el divino contento que eternamente goza, quiso que le alcanzase el abatimiento de la enfermedad humana. Tomó sobre sí mi tristeza para comunicarme su alegría, y conformándose con nuestra flaqueza, se abatió hasta afligirse con la cercanía de

la muerte, para que haciéndonos seguir sus pisadas, nos llevase a la eterna vida. (S. Ambrosio, lib. 10, c. 22, sent. 91, Tric. T. 4, p. 331.)”

“Acusan a nuestro Señor, y calla; con razón calla el que no necesita defenderse. Aquellos deben defenderse que temen ser vencidos, no confirmó, pues, su acusación con el silencio; antes bien, la despreció, no dignándose de responder. (S. Ambrosio, in c. 23, sent. 93, Tric. T. 4, p. 332.)”

“Hoy estarás conmigo en el Paraíso. En donde quiera que esté Jesucristo, allí está nuestra vida y nuestro reino. (S. Ambrosio, *ibid.*, sent. 94, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Dice el Profeta: Adorad el escabel de sus pies: y en otra parte leemos: La tierra es el escabel de mis pies. Veamos si quiso decirnos el Profeta, que es preciso adorar aquella tierra de que el Señor se quiso vestir en la Encarnación. Es preciso entender la tierra por el escabel que dijo el Profeta, y por esta tierra la carne de Jesucristo, que adoramos hoy en los santos misterios; la misma que adoraron los Apóstoles en su persona; pues Jesucristo no está dividido, sino que es un solo Cristo. (S. Ambrosio, de Spir. Sanct., lib. 3, c. 12, sent. 105, Tric. T. 4, p. 334.)”

“¿Quién es el autor de los Sacramentos sino nuestro Señor Jesucristo? Porque estos Sacramentos, del cielo han venido. (S. Ambrosio, lib. 3, de Sacram., c. 4, sent. 106, Tric. T. 4, p. 334 y 335.)”

“Sólo Jesucristo es para nosotros todas las cosas. Si estás herido, es tu médico; si te abrasa la ardiente calentura, El es la fuente; si estás oprimido, con el peso de la iniquidad, El es la justificación; si necesitas auxilios, El será tu protector; si temes la muerte, El es la vida; si deseas ir al cielo, El es el camino; si huyes de las tinieblas, El es la luz; si necesitas comer, El es tu alimento. Gustad, pues, y ved cuán suave es el Señor. ¡Dichoso el hombre que espera en El! (S. Ambrosio, de Virgin., lib. 2, sent. 136, Tric. T. 4, p. 342.)”

“Es preciso hacer todas nuestras acciones en nombre de Jesucristo, de suerte, que aun el tomar alimento corporal se puede referir al sagrado culto de nuestra religión. (S. Ambrosio, de Viduis, sent. 141, Tric. T. 4, p. 343.)”

“Recurramos al médico que nos sanó de nuestras anteriores heridas. Si son graves las flaquezas, tenemos un grande médico, hemos recibido la excelente medicina de su gracia. (S. Ambrosio, de Elinae jejun., c. 4, sent. 22, *adic.*, Tric. T. 4, p. 400.)”

“Nunca hemos conocido mejor a nuestro Salvador Divino, que

cuando nos hizo bien y padeció la muerte por nuestros pecados, no por atención al mérito de los que salvaba, sino por la gloria de su nombre: a no ser esto, nuestra vida llena de delitos, sólo merecía castigo y no misericordia. (S. Jerón., in c. 20, sent. 78, Tric. T. 5, p. 252.)”

“No me avergüenzo ni callo. Cuanto más viles son las cosas que Cristo pasó por mí, tanto más le debo. (S. Jerón., adv. Helvid., sent. 5, Adic., Tric. T. 5, p. 353.)”

“Todavía padece Jesucristo el día de hoy nuestras enfermedades y males; porque siempre es Aquel hombre cubierto de llagas por nosotros, que quiso llevar nuestros trabajos: porque sin él no podríamos sufrirlos, ni aun conocerlos. (S. Paulino, Ep. 38, ad Apr., sent. 15, Tric. T. 5, p. 331.)”

“Gloríense cuanto quieran los oradores de su elocuencia: los filósofos, de su sabiduría; los ricos, de sus tesoros; los monarcas, de sus imperios; para nosotros Jesucristo es nuestra gloria y nuestro reino. (S. Paulino, Ep. 38, ad Apr., sent. 17, Tric. T. 5, p. 332.)”

“No nos ama el mundo, pero Cristo nos ama: el hombre nos desprecia, pero Dios nos aprecia. (S. Paulino, Ep. 5, ad Sever., sent. 6, adic. Tric. T. 5, p. 361.)”

“Imitando al imitador de Cristo, llegaremos a la imitación de Cristo. (Ibid., sent. 7, adic. Tric., ibid., ibid.)”

“¿Cómo piensas que podrás seguir a Cristo, sino en la ley que nos enseñó, y en el ejemplo que nos dio? (S. Paulino, ibid., sent. 8, adic., Tric. ibid., ibid.)”

“Nada tenemos sino a Jesucristo: mira bien, si nada tenemos, cuando tenemos al que todo lo tiene. (S. Paulino, ibid., sent. 9, adic., Tric. ibid., ibid.)”

“Solamente cuando se vive para Jesucristo y se sirve a El sólo, es el hombre libre y está desprendido de los cuidados e impedimentos del mundo. (S. Juan Crisóst., c. 4, sent. 181, Tric., T. 6, p. 335.)”

“¿Cómo podéis permanecer incrédulos después de tan visibles pruebas del poder de Jesucristo? Las profecías previnieron tantos siglos antes su venida, y claramente estáis viendo tan exactamente cumplidos los sucesos profetizados, que ninguno se ha quedado sin cumplir. Por otra parte, no podéis decir que nosotros hemos compuesto todas estas cosas, porque los primeros que recibieron los libros sagrados en donde se contienen estas profecías, y todavía los conservan y guardan, son nuestros mismos enemigos y los descendientes de los

que crucificaron a Jesucristo. (S. Juan Crisóst., lib. "quod Christus sit Deus", n. 11, sent. 230, Tric. T. 6, p. 346.)"

"Jesucristo había hecho muchos milagros antes de su muerte, pero después que le crucificaron, dijeron los pérfidos judíos, que no había resucitado; pero se les puede responder: Si Jesucristo no resucitó, ¿cómo los que predicaron su resurrección, hicieron para probarle, mayores prodigios que los que había hecho el mismo Señor antes de su muerte? (S. Juan Crisóst., sent. 241, Tric. T. 6, p. 340.)"

"No está Jesucristo en donde entran los violones y las músicas profanas. (S. Juan Crisóst., homl. 12, ad Colon., sent. 360, Tric. T. 6, p. 378.)"

El fin y objeto de todos nuestros deseos es aquel que nos ha hecho sus promesas: sin duda se nos dará, pues ya se nos dio a sí mismo. (S. Agust. Psalm. 42, sent. 59, Tric. T. 7, p. 459.)"

"La tarde fue la hora de la muerte de Jesucristo; la mañana, la de su resurrección, y el medio día, la de su ascensión. Meditaré, pues, por la tarde la paciencia del Señor en su muerte: anunciaré por la mañana la nueva vida del que resucitó, y le suplicaré al medio día que me oiga, sentado a la diestra de su Padre. (San Agust., Psalm. 54, sent. 77, Tric. T. 7, p. 461.)"

"Vos, Señor, sois el Sacerdote y la víctima: vos sois al mismo tiempo la ofrenda y la oblación. (S. Agust., Psalm. 64, sent. 100, Tric. T. 7, p. 463.)"

"Si son más las verdades que os anuncio, no me creáis; pero si las dice el mismo Jesucristo, infeliz de aquel que no las creyere. (S. Agust., Psalm. 66, sent. 103, Tric. T. 7, p. 464.)"

"Asistidme, Señor Jesús: pues me decís; no os canséis en el camino estrecho, pues yo le pasé primero y yo mismo soy el camino; yo soy el que guío, por mí mismo guío y a mi mismo os llevo. (S. Agust., Psalm. 70, sent. 114, Tric. T. 7, p. 465.)"

"Nuestra divina cabeza intercede a la diestra de su Padre por todos los miembros, no obstante hay algunos a quienes castiga, otros purifica, otros consuela, otros que cría, otros que llama, otros que corrige y otros que convierte. (S. Agust., Psalm. 78, sent. 130, Tric. T. 7, p. 466.)"

"Jesucristo nos dejó su camino muy estrecho: pero cualquiera otro camino es resbaladizo y peligroso. (San Agust., Psalm. 103, sent. 149, Tric. T. 7, p. 468.)"

"Dios se hizo hombre, para que imitando el ejemplo de un hom-

bre, lo cual es cosa posible podáis llegar a Dios, lo que antes era imposible. (S. Agust., Psalm. 134, sent. 161, Tric. T. 7, p. 469.)”

“Grande miseria es el hombre soberbio; pero mayor misericordia es Dios humillado. (S. Agust., de Cath., rud., c. 4, sent. 14, adic., Tric. T. 7, p. 484.)”

“¿Qué es seguir a Cristo sino imitarle? Pues cada uno le sigue en aquello que le imita? (S. Agust., de Sanct., Virg., c. 27, sent. 28, adic., Tric. T. 7, p. 487.)”

“Hoy, muy amados míos, ha nacido nuestro Salvador: alegrémonos. No debe tener lugar la tristeza cuando es día del nacimiento de la vida; lo cual, quitando el temor de la mortalidad, introduce en nosotros la alegría con las promesas de la eternidad. Ninguno queda separado de la participación de este contento; todos tienen el mismo motivo en el gozo común y general, porque nuestro Señor, que destruyó la muerte y el pecado, así como no halló a alguno que estuviese libre de reato, así también vino a liberar a todos. (S. León Papa. Serm., 21, c. 1, p. 64, sent. 13, Tric. T. 8, p. 385.)”

“Adoran los Magos al Verbo en la carne, a la sabiduría en la infancia, al poder en la flaqueza, y en la realidad de hombre al Señor de la majestad; y para explicar el Sacramento de su fe y de su inteligencia, protestan con los dones que ofrecen lo que creen en sus corazones; le ofrecen incienso como a Dios, mirra, como a hombre mortal, y oro, como a Rey venerando en la unidad de persona las dos naturalezas, la divina y la humana; porque lo que era propio del Hijo de Dios por su esencia, no se había mudado en su persona. (S. León Papa, Serm. 31, in ep., c. 2, p. 113, sent. 21, Tric. T. 8, p. 385.)”

“Levantad vuestros fieles corazones a la brillante gracia de la eterna luz, y venerando los misterios de santidad que Dios dispensa para la salud de los hombres, emplead vuestros afectos en lo mismo que Dios obra en favor vuestro. Absteneos de los deseos de la carne que pelean contra el espíritu. Como el Apóstol nos exhorta presente en sus mismas palabras: Sed niños en la malicia, pues el Señor de la gloria se ha sujetado a tomar la forma de Niño. Seguid la humildad que el Señor se dignó enseñar a sus Discípulos; revestíos del valor de la sabiduría para ganar vuestras almas, pues el que es la redención de todos, también es la fortaleza universal. Sabed las cosas de arriba y no las que están sobre la tierra. Caminad constantes por la senda de la vida y la verdad; no os impidan las cosas terrenas, pues tenéis preparadas las celestiales por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y

el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén. (S. León Papa, *ibid.*, c. 3, sent. 22, *Tric. ibid.*, p. 385 y 386.)”

“Conozcamos, amados míos, las primicias de nuestra vocación y fe en los Magos que adoraron a Cristo, y celebremos con exaltación de los corazones los principios de nuestra feliz esperanza. Desde entonces verdaderamente empezamos a entrar en la herencia eterna. Desde entonces se nos hicieron patentes los arcanos de las Escrituras que hablan de Jesucristo, y la verdad que la ceguera de los judíos no recibió, introdujo su luz a todas las naciones del mundo. Honremos, pues, el día que se manifestó el Autor de nuestra salud, y adoremos Omnipotente en el cielo al que los Magos veneraron en la cuna. Y como ellos ofrecieron al Señor las misteriosas especies de sus presentes, saquemos nosotros de nuestros corazones aquellas cosas dignas de Dios. Aunque El es el que da todos los bienes, quiere recibir el fruto de nuestra industria. No llega el reino de los cielos a los dormidos y perezosos, sino a los que trabajan y velan en cumplir los Mandamientos de Dios, para que si no recibimos en vano sus dones, merezcamos con los que nos ha dado conseguir lo que nos tiene prometido. Os exhortamos, pues, a que sigáis lo justo y casto, absteniéndoos de toda obra mala. Los hijos de la luz deben estar muy distantes de las obras de tinieblas. Huid, pues, de los odios; no haya mentira; destruid con la humildad la soberbia: vaya fuera la avaricia; amad la libertad, porque es razón que los miembros digan proporción con la cabeza para merecer acompañarla en las felicidades prometidas por Ntro. Señor Jesucristo, etc. (S. León Papa, *Serm.* 32, c. 4, sent. 23, *Tric. T.* 8, p. 386.)”

“Determinando la Providencia de la misericordia de Dios salvar en los últimos tiempos del mundo, quiso poner en Jesucristo la salud de todos los hombres; y cuando el error tenía todas las naciones separadas del culto del verdadero Dios, y aun el mismo pueblo escogido de Israel, despreciando los preceptos de la ley, estaba casi todo envuelto en pecados, al vernos generalmente pecadores, tuvo de todos misericordia. La justicia estaba casi extinguida en el mundo; los hombres sepultados en el vicio y seducidos por la vanidad, estaban a cada momento para oír la sentencia de su condenación, si Dios por su bondad no hubiera diferido el juicio. La ira divina se cambió en mansedumbre, y para que más se conociese la grandeza del favor, concedió a los hombres el perdón general de sus ofensas, cuando ninguno podía poner la confianza en sus propios méritos. (S. León Papa, *Serm.* 32, sent. 24, *Tric. T.* 8, p. 387.)”

“Aquel ser que tomó el Hijo de Dios naciendo de la Virgen María, es un motivo poderoso para inclinarse a la devoción; porque a un mismo tiempo se presentan a los corazones justos en una misma persona la humildad humana y la Majestad divina. Al mismo tiempo que la cuna declara tierno Niño, el cielo y cuanto en este se contiene le publican su Creador. Un infante en un pequeño cuerpo es el Señor y Gobernador del mundo; al seno de María está reducido el incomprendible. Pero en estos prodigios está la curación de nuestras heridas y la elevación de nuestro abatimiento; porque si no se juntara en una sola persona tanta diversidad, no pudiera la humana naturaleza reconciliarse con su Dios. (S. León Papa, Sermones. 35, c. 1, sent. 28, Tric. T. 8, p. 388.)”

“Los remedios que Dios nos aplicó determinaron nuestra ley, y la misma medicina debe ser el modelo de nuestras costumbres. No carece de misterio que los Magos fuesen guiados por la claridad de una nueva estrella a adorar a Jesucristo: ¿pues no le vieron resucitando los muertos, dando vista a los ciegos, lengua a los mudos, o ejercitando acción alguna del poder Divino; sino Niño, sin palabras, tranquilo, manso y pendiente del cuidado de su Madre. En esto no se ve señal alguna de poder; pero se nos ofrece un grande milagro de humildad. En la misma figura de tan sagrada infancia, cual era la que el Hijo de Dios tomó, estaba entrando por los ojos la predicación que después se había de intimar por los oídos, para que aprendiese con la vista de Dios Niño lo que todavía no enseñaba con los acentos de la voz. (S. León Papa, Sermones. 36, c. 2, sent. 29, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Ama Jesucristo la inocencia de los niños desde que El mismo se hizo Niño en el cuerpo y en los afectos. Ama Cristo la infancia, como maestra de humildad, regla de inocencia y modelo de mansedumbre. Ama Cristo la infancia y la propone por ejemplo de costumbres a los hombres ya provecitos; quiere que todas las edades se conformen con la sencillez de los niños y que se arreglen a ella los que ha de elevar al eterno reino. (S. León Papa, *ibid.*, sent. 30, Tric. *ibid.*, p. 389.)”

“Pues la Ascensión de Jesucristo es nuestra elevación, y a donde entró primero la gloria de la cabeza, es llamada la esperanza del cuerpo; alegrémonos con recogijos dignos y sea nuestra alegría la devota acción de gracias. No solamente se ha confirmado hoy nuestro derecho al paraíso, sino que de algún modo hemos entrado en el cielo con Jesucristo. (S. León Papa, Sermones. 73, sent. 61, Tric. T. 8, p. 397.)”

“El misterio de la Ascensión del Salvador aumenta nuestra fe, y

de tal modo la confianza el Espíritu Santo, que ni las cadenas, ni las cárceles, ni los destierros, ni el hambre, ni el fuego, ni las garras de las fieras, ni los extraordinarios suplicios de los perseguidores, nos aterraron con sus crueldades. Por esta fe pelearon en todo el mundo, hasta derramar su sangre, no solamente los niños, sino también las delicadas doncellas. (S. León Papa, Serm. 73, c. 2, p. 244, sent. 62, Tric. T. 8, p. 397.)”

“Después que Dios se hizo hombre podemos pintar la imagen de su forma humana, su nacimiento de la Virgen, su bautismo en el Jordán, su transfiguración en el Tabor, sus tormentos en la Cruz, su sepultura, su resurrección, su ascensión y expresar todo esto con los colores, como con las palabras. (S. Juan Damasc., Orat. 1, de sinag., sent. 5, Tric. T. 9, p. 292.)”

“Asegura el Apóstol que vosotros sois el cuerpo de Jesucristo, y miembros de sus propios miembros. Conservad, pues, vuestros cuerpos y vuestros miembros con la decencia conveniente, no sea que si los deshonráis con alguna liviandad o alguna pasión, sea a proporción del premio que hubiérais tenido en el cielo, el castigo en el infierno por haberles deshonrado con un abuso indigno y vergonzoso: vuestros ojos son los ojos de Jesucristo; no es lícito hacer que sirvan los ojos de Jesucristo para mirar los objetos profanos ni la vanidad; porque Jesucristo es la misma verdad, a la que no puede menos de ser contraria toda especie de vanidad. Vuestra boca, Cristianos, es la boca de Jesucristo: no debéis, pues, abrirla, no digo para la murmuración, ni las mentiras, pero ni aun para las palabras inútiles. Esta boca consagrada solamente a las palabras con que Dios puede ser alabado y el prójimo edificando, debe abstenerse de toda otra especie de conservación. De este modo debe entenderse todo lo demás, y explicarse según las mismas reglas de prudencia y santidad, cuando se trata de saber el uso que ha de hacer el cristiano de los otros miembros de su cuerpo, que son igualmente miembros de Jesucristo, confiados a su custodia. (S. Anselmo, sent. 39, Tric. T. 9, p. 349 y 350.)”

“Teniendo delante de los ojos el infinito precio de nuestra redención, la muerte del Salvador quiero decir, y la sangre que derramó por el perdón de nuestros pecados; teniendo también a la vista el ejemplo del Buen Ladrón y de otros grandes pecadores, cargados de muchas y enormes culpas, a los que Jesucristo, fuente de las gracias, recibió en su santa santidad, por su grande misericordia, no desesperemos de conseguir el mismo favor; antes bien, con la seguridad del perdón de

los pecados, recurramos con entera confianza a la fuente de la Divina misericordia, en cuyo seno sabemos, y estamos viendo cada día, que han sido recibidos y justificados tantos y tan grandes pecadores. Tengamos por cierto que esta adorable fuente de donde corren las gracias, nos lavará también y nos purificará del pecado, si le renunciemos y procuramos en adelante hacer el bien en cuanto nos sea posible; mas no podemos con solas nuestras fuerzas abstenernos del mal ni practicar el bien que Dios nos manda. Para esto es preciso que nos prevenga y ayude el socorro desde lo alto. Supliquemos, pues, a la inefable bondad de Dios, nuestro piadosísimo Salvador, que se dignó sacarnos de la nada cuando no teníamos ser, que nos conceda la gracia de convertirnos, y la de corregirnos de tal modo de todos nuestros desórdenes, mientras estamos en esta vida, y antes que la dejemos con la muerte, y de purificarnos con tan repetidos ejercicios de compunción y penitencia, que al fin de esta vida mortal podamos ir derechos a El sin obstáculo ni impedimento, para gozar con El aquel día eterno, cuyo sol es el mismo Dios, en la compañía de los Angeles, y de todos los Santos que están ya gozando de su gloria, y gustando una alegría pura y eterna en la posesión de la suprema bienaventuranza. (S. Anselmo, 6, Meditat., sent. 44, Tric. T. 9, p. 352.)"

"Apiadaos de mí, Señor, apiadaos de mí. No permitáis que esta alma culpada, por la cual os dignásteis de nacer de una Virgen, y de morir en la Cruz, se separe de este cuerpo mortal, antes que me comuniquéis la gracia de convertirme perfectamente y la de expiar mis pecados con frutos dignos de penitencia. Haced que yo quede lavado con vuestra sangre adorable, y en el agua de mi llanto, de todos los pecados que he cometido después del bautismo, y casi desde la cuna, así con conocimiento, como por ignorancia, malicia o fragilidad, para que en el día de mi muerte, purificado de todas mis culpas, enteramente corregido, y con las más puras costumbres, me pueda presentar con confianza y alegría ante vuestra Majestad, y contemplar en el exceso de amor y de divinos placeres vuestro adorable rostro, lleno de benignidad y de atractivo, por causa de vuestra inmensa bondad y de vuestra infinita misericordia. (S. Anselmo, 18, Meditat., sent. 48, Tric. T. 9, p. 355.)"

"Por estar corrompida con la culpa toda la naturaleza humana en el alma y en el cuerpo, fue preciso que se uniese a esto Dios, que venía a rescatar el cuerpo y el alma, para que el rescate del hombre correspondiese al alma de Jesucristo, y el del cuerpo, al cuerpo de

Jesucristo. Esto se nos representa cuando se ofrece en el altar pan y vino: recibiendo dignamente aquel pan convertido en el cuerpo del Señor, participa nuestro cuerpo de la inmortalidad de Jesucristo, y nuestra alma se conforma con la de Jesucristo, tomando el vino convertido en su sangre. (S. Anselmo, Ep. 177, lib. 4, sent. 54, Tric. T. 9, p. 357.)”

“Por más que se apodere en mi memoria la recordación de mis maldades, por más que me aterre la horrible consideración de mi vida pasada, hagan otros lo que les parezca conveniente; pero yo siempre sentiré en bondad de la dulzura de mi Señor Jesucristo: siempre pondré mis ojos en su misericordia, porque se y algunas veces experimento en mí, que es mucho más su dulzura para consolar, y mucho más pronta su benignidad para perdonar, que mi iniquidad para delinquir. Bien se que no hay maldad como mi maldad. Mas en paralelo no hay dolor como mi dolor. Si pequé sobremanera, no desespero, porque he llorado sobremanera, por lo cual respiro. Si Dios se irrita con la monstruosidad de mi delito, no hay duda que se mitiga con el dolor de la satisfacción de su Hijo, porque aquel manso e inocente Cordero que calló pendiente en la Cruz como en presencia del que le trasquila, no daba su rostro a los circunstantes furiosos contra El; antes bien, inspiraba dulcemente a los que pasaban por el camino, y le miraban, porque así está escrito: ¡Oh, vosotros, todos los que pasáis por el camino, poned vuestra atención, y ved si hay dolor que sea como mi dolor! (S. Bern., Epist. 385, ad quosdam noviter conversos, sent. 46, adic., Tric. T. 10, p. 362, 363 y 364.)”

“¿Quién podrá dignamente ponderar cuánta humildad, mansedumbre y dignación fue, que el Señor de la Majestad vistiese nuestra carne, fuese condenado a muerte, y afeado en una Cruz? Me dirá alguno: ¿no pudo el Criador haber reparado su obra sin tanta dificultad? Bien pudo, pero escogió renovarla, sufriendo tantas injurias, para que el peor y más odioso vicio, que es el de la ingratitud, no hallase ya ocasión en el hombre. A la verdad, se tomó el Señor muchas fatigas para tener al hombre por deudor de mucho amor y para que la dificultad de la redención hiciese presente la acción de gracias, al que no había hecho devoto la felicidad con que Dios le crió. (S. Bern., Serm. 12, ad quosdam nov. conver., sent. 49, adic., Tric. T. 10, p. 365.)”

Juicio.— “Pues sabemos que ha de ser examinada nuestra vida por un Dios que todo lo ve, y cuya justicia castiga el pecado con una pena

eterna, es muy justo que pongamos todo nuestro conato en adquirir la verdadera inocencia, y que teniendo un perfecto conocimiento de las dificultades que hay para agradar a Dios, y de los tormentos que de lo contrario nos esperan, no sólo muy duraderos, sino eternos, sólo temamos a Aquel soberano Juez a quien también deben temer los que nos juzgan: esto es, que temamos a sólo Dios, y no al Procónsul. (Tertuliano, en la apología, c. 45, sent. 1, Tric. T. 1, p. 195.)”

“Cuando se oye decir mal de un hombre honrado o burlarse de la verdad, sin responder en defensa de uno y otro: ¿quién duda, que este silencio es muy delincuente? Porque oyendo estas murmuraciones o burlas, sin reprender al burlador, se dan motivos para creer que se aprueban como si fueran verdaderas. Por lo cual, Dios a ambos los condenará a una misma pena: al uno por haber dicho el mal, y al otro por haberle escuchado. (S. Efreén., sent. 10, Tric. T. 3, p. 78 y 79.)”

“En las cosas dudosas e inciertas debemos inclinarnos al lado de la humanidad y suavidad, y estar más prontos para absolver, que para condenar a los que hayan faltado, porque el malo siempre es propenso a condenar aun al hombre de bien, siendo así que el hombre de bien apenas se atreve a condenar al malo; porque la persona que no es inclinada al mal, no le sospecha fácilmente de otro. (S. Gregorio Nacian., Orat., 21, sent. 39, Tric. T. 3, p. 358.)”

“Persuadámonos a que Dios no solamente nos ha de pedir cuenta de nuestras acciones y palabras, sino también del empleo del tiempo, hasta de los menores momentos de cada hora. (S. Gregorio Nacian., Orat, 28, sent. 42, Tric. T. 3, p. 359.)”

“Digo que ninguno debe ser más activo, ni más sufrido de lo justo; no debemos por ligereza agregarnos a todos, ni separarnos de todos; pero cuando se manifiesta abiertamente la impiedad, antes nos hemos de precipitar al hierro y al fuego, que tener parte en el mal fermento, ni asentir a los que no están bien dispuestos; mas cuando, lo que inquieta los ánimos es solamente sospecha, o un temor que no tenga algunos fuertes argumentos, entonces más conveniente es la lentitud que la precipitación, y la condescendiente mansedumbre que la arrogancia y tenacidad. (S. Gregorio Nacian., Orat. 8, sent. 4, adic., Tric. T. 3, p. 393 y 394.)”

“Por estar siempre incierto de aquel tiempo en que ha de venir nuestro Juez debemos vivir cada día como si nos hubiera de juzgar en el siguiente. (S. Jerón., lib. 4, c. 24, sent. 191, Tric. T. 5, p. 256.)”

“Huyen los días, y se ocultan de nuestra vida: pasan los años, y ya

ha desaparecido la mayor parte de nuestra vida: no obstante, veamos: ¿Qué bien hemos hecho hasta ahora? ¿Queremos acaso salir de este mundo vacíos y destituidos de toda justicia? El juicio de Dios está a nuestras puertas; en este habíamos de meditar todas las lunas nuevas, y esta es la observación que debíamos hacer siempre que vuelvan los años. (S. Juan Crisóst., Homl. 32, in observant. Novil., sent. 21, Tric. T., 6, p. 304.)”

“Evitemos todo juicio temerario y no condenemos a nadie. No te ha establecido Dios por árbitro de los otros, ni tienes autoridad para juzgarlos; si con todo eso los condenas en tu entendimiento, ya caes en el pecado, principalmente si los condenas por una simple sospecha, por una ligera acusación, y sin tener alguna prueba. (S. Juan Crisóst., Homl. 42, in Genes, sent. 197, Tric. T. 6, p. 319.)”

“Si sola la cuenta de nuestros propios pecados que tenemos que dar el día del juicio es tan peligrosa y formidable, cuando se añadan a estos los escándalos que habremos causado a nuestros prójimos. ¿qué salvación habrá para nosotros? (S. Juan Crisóst., sent. 250, Tric. T. 6, p. 353.)”

“En el último juicio sería tan exacto el examen que se ha de hacer de los pecados y buenas obras, que ha de llegar hasta de las cosas menores. Y así como habrá castigo para las miradas que no han sido honestas, para una palabra inútil, y para la menor injuria dicha al hermano, también habrá premio para un vaso de agua fría que se haya dado a un pobre, y para un simple suspiro que el pesar de nuestras culpas haya sacado de nuestro corazón. (S. Juan Crisóst., Homl. 31, c. 16, sent. 299, Tric. T. 6, p. 363.)”

“Estamos muy prontos para acusar a nuestros hermanos y condenarlos. Sólo este mal, aunque no cometiéramos otro, sería suficiente para perdernos, porque encierra en sí casi todos los demás. Escuchad sobre esto al Profeta Rey, que dice: Tú hablabas contra tu hermano. Me diréis, yo soy autor de este mal juicio. Yo digo que lo sois pues si no lo hubierais dicho, no lo hubieran sabido los otros, y no hubieran juzgado mal, y aunque pudieran haberlo sabido por otra parte, no dejaríais de ser los autores de su falta, si no procurábais ocultar la falta del prójimo con el velo del silencio. Mas sucede lo contrario, pues con pretexto de honradez y probidad, descubristis sus defectos, y si no sois acusadores y delatores, a lo menos sois burladores y bufones. (S. Juan Crisóst., Homl. 21, c. 12, ad Hebr., sent. 383, Tric. T. 6, p. 383.)”

“Cuando creyéreis el mal que se dice de vuestro prójimo, no debíais hablar de él, y mucho menos si no lo creéis. Pensad en lo que os toca, y temed que Dios os examine a vosotros. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 384, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Maldito el hombre que hace con negligencia la obra de Dios. Estas palabras deben servir para que temamos, no solamente en el mal que cometemos, sino también en el bien que hagamos, el terrible e incomprensible juicio del severo Juez. Porque lo que en esta vida nos parece virtud, puede ser que algún día se advierta que es pecado; y que una acción, por la cual se esperaba recompensa favorable, nos ocasione un espantoso castigo. (S. Greg. el Grande, lib. 3, c. 13, p. 85, sent. 5, *Tric. T. 9*, p. 231 y 232.)”

“Muchas veces llora en sí misma el alma los males que se acuerda haber cometido, no contentándose con dejar la mala vida, derrama para castigarse arroyos de lágrimas; entretanto, cuando se propone delante de los ojos el horror de sus delitos, se halla asustada con la reflexión que hace sobre la severidad de los justos juicios. Se convierte perfectamente: mas no entra todavía en la perfecta seguridad; porque siempre que llega a pensar en el rigor de aquel último examen se ve inquieta y como fluctuante entre la esperanza y el temor: entre la incertidumbre sobre si el justo Juez la imputará o la perdonará sus pecados: porque se acuerda mucho de la gravedad de los que ha cometido, y no sabe si los ha llorado dignamente, y así teme que la enormidad de sus culpas exceda la medida de su penitencia. (S. Greg. el Grande, lib. 4, c. 36, p. 137, sent. 7, *Tric. T. 9*, p. 232.)”

“Muchas veces estiman los hombres sus acciones con exceso, porque ignoran la exactitud y severidad del juicio secreto que Dios hace. Mas cuando se ve arrebatados sobre sí en la contemplación y miran más de cerca las cosas sublimes, al instante caen de aquella pacífica seguridad en que su presunción les tenía, y tiemblan delante de Dios con mayor susto cuando con más claridad reconocen que las obras que les parecían mejores, no pueden sufrir la rigurosa prueba del examen divino. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 32, p. 165, sent. 11, *Tric. T. 9*, p. 233.)”

“Cuando el temor que excita en nuestra alma la vista del riguroso juicio de Dios nos hace llorar nuestras culpas pasadas, la misma violencia del dolor nos hace examinarnos a nosotros mismos con más severidad; hallamos algunas veces en el fondo de nuestros corazones otras llagas ocultas que nos obligan a derramar nuevos torrentes de

lágrimas; porque frecuentemente acontece descubrir más claramente con nuestro llanto, lo que se quedaba oculto con la sequedad y la tibieza; porque un alma tocada del dolor reconoce mejor el mal que ha hecho, y antes se le ocultaba; y percibiendo con sus agitaciones interiores más claramente cuánto se había alejado de la verdadera paz ya en la conmoción saludable descubre los pecados de que se olvidaba en la calma de una paz excesiva. De este modo cuando la amargura de la penitencia se va aumentando, representa continuamente a los ojos de nuestro corazón lleno de confusión santa, la multitud de sus pecados; éste la pinta a su Juez abrasado de furor para castigarle; le amenaza con los últimos suplicios; le asusta y cubre de vergüenza; le reprende vivamente sus desórdenes, y turba de mil modos su funesta y falsa paz; la expone todos los bienes que ha recibido de su Criador, y los males con que ha correspondido a tantos favores. Le hace considerar que El es el Dios que le formó, que le ha conservado en este mundo, que le ha enriquecido con el precioso don de la razón, y el que le ha llamado con su gracia, que muchas veces no ha querido seguir su vocación: que aquella divina misericordia que le llamaba, no le despreció, aun cuando estaba sordo a sus voces y resistía con obstinación; que después de haberle iluminado la luz celestial, se cegó voluntariamente para no verla; que la bondad paternal de su Dios todavía había cuidado de que expiase con castigos los extravíos de su ceguera voluntaria; que su misericordia había borrado con un perdón saludable la aflicción de los trabajos que le había enviado; que no obstante, todavía había continuado en muchas culpas, aunque menores, al mismo tiempo que Dios le ejercitaba con sus castigos; y que por último, con ser tan pecador, no le había abandonado enteramente la divina gracia en el mismo tiempo en que tan poco la estimaba. (S. Greg. el Grande, lib. 8, c. 22, p. 250, sent. 35, Tric. T. 9, p. 241 y 242.)”

“Cuando el hecho es semejante, pero el motivo es distinto, no es razón que se haga el mismo juicio. (S. Bern., Ep. 84, sent. 75, Tric. T. 10, p. 326.)”

“La prudencia que delibera, suspende el juicio. (S. Bern., Serm. de S. Magdad., n. 1, sent. 153, Tric. T. 10, p. 331.)”

“¿Qué hará de los juicios injustos aquel Señor que ha de juzgar las mismas justicias? Vendrá el día del juicio, en que más valdrá el corazón puro, que las palabras de la astucia: y más se estimará la buena conciencia, que los bolsillos llenos de oro; pues aquel Juez no se

puede engañar con palabras ni doblarse con los presentes. (S. Bern., 1, sent. adic., Tric. T. 10, p. 344.)”

“Hijo mío, acuérdate de tus novísimos, y eternamente no pecarás... Considera los principios, atiende a los medios y acuérdate de los movimientos. Los primeros te causan vergüenza; los segundos, dolor; los últimos, te llenan de miedo. Piensa de dónde viniste, y avergüenzate en donde estás ahora, y suspira: a donde caminas, y estremécete. (S. Bern., Serm. 12, ad quosdam noviter convers., sent. 48, adic., Tric. T. 10, p. 365.)”

Justicia.— “Las verdaderas riquezas son la justicia y razón, no se aumentan son la posesión de mayores fondos; son los dones de Dios, que ninguno nos puede quitar. Este inestimable tesoro está depositado en el alma, y es el que verdaderamente puede hacernos felices. El que lo posee, a nada anhela que no esté en su mano, si desea alguna cosa justamente, la consigue de Dios; todo lo tiene el que posee el inmenso tesoro de Dios. (S. Clemente, sent. 7, Pedagogo, lib. 3, c. 1, Tric. T. 1, p. 124.)”

“La justicia en Dios es la plenitud de su divina esencia y la que nos hace ver un Dios perfecto, que reúne las propiedades de Padre y de Señor: es Padre en su misericordia; Señor en su disciplina: Padre por su imperio benigno; Señor por la severidad de su juicio; Padre de un poder dulce y benigno; Señor a quien con razón debemos temer. Debemos, pues, amarle, porque como Padre desea la penitencia de los pecadores. También debemos temerle, porque como Señor condena a los que no se arrepienten. La ley comprende ambas cosas diciendo: Amarás a tu Dios, temerás a tu Dios. Lo primero se dirige a los que observan la ley; lo segundo, a los que la quebrantan. En todo se señala el brazo de Dios, en castigar y sanar: en mortificar y vivificar; en humillar y en ensalzar; en criar los males y en producir la paz. (Tertuliano, lib. 2, c. 1 y 14, sent. 27, Tric. T. 1, p. 203.)”

“En un salmo se dice: Aquel que entra sin mancha en el camino del cielo. Vivir sin mancha de pecado ya es una cosa muy grande; pero no nos hemos de detener aquí, como si hubiéramos llegado al término del viaje; este es el principio del camino, no es el fin: por lo cual se dice después. Y el que obra la justicia, pues no es suficiente pensar, es preciso ejecutar, y el fruto de querer la justicia, es practicarla. (S. Hilario, Psalm. 14, sent. 24, Tric. T. 2, p. 263.)”

“Vuestro soy, salvadme, porque he buscado vuestras justicias. Estas palabras sólo pueden venir de una alma toda aplicada a Dios,

infatigable en el ejercicio de las buenas obras y perseverante en la continencia, ayunos y limosnas. En efecto. ¿cómo hacía profesión de ser de Dios una persona inclinada a la impureza, pronta a la cólera, codiciosa de bienes, entregada al regalo, y deseosa de la gloria y ambición del siglo? porque una persona de estas es más de todas las cosas que de Dios; supuesto que poseída de todas estas pasiones viciosas, más bien se puede decir que es más de aquello a que sirve, que de Dios. Los Gentiles tenían muchos dioses, pero S. Pablo no tenía más que un sólo Dios, de quien todas las cosas vienen, un sólo Señor y Maestro, que es Jesucristo, por quien todas las cosas fueron hechas. El Profeta, pues, asegura, aquí con resolución, que sólo sirve a Dios, y que es suyo, y así le suplica que le salve. (S. Hilario, in Psalm. 118, sent. 30, Tric. T. 2, p. 265.)”

“El Señor es misericordioso y justo. En todos los lugares junto la Sagrada Escritura la justicia de Dios con su misericordia, para enseñarnos que no ejercita una sin otra. De suerte que aun cuando usa de la misericordia, lo hace con alguna justicia, respecto de los que tiene por dignos; y cuando hace justicia le mide y proporciona de algún modo con nuestra flaqueza, templando sus castigos con su bondad, y no nos da el castigo igual a la gravedad de nuestros pecados. (S. Basilio, in Psalm. 114, sent. 11, Tric. T. 3, p. 192.)”

“Hay muchos que parecen justos a los ojos de los hombres, mas pocos son a los de Dios; porque el juicio de Dios es diferente del de los hombres. Miran los hombres lo que aparece; pero Dios considera la verdadera pureza del corazón y la sinceridad de la virtud. (S. Ambrosio, c. 11, sent. 12, Tric. T. 4, p. 315.)”

“El Señor en todo es justo, así en los peligros a que nos expone, como en las pérdidas que nos hace sufrir, y en las venganzas que ejerce sobre nosotros. No solamente lo es, por ser muy justo que cada uno reciba la pena de sus pecados, sino también porque el castigo de un pecador, sirve para la corrección de otros muchos. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 66, Tric. T. 4, p. 326.)”

“Todos los que quieren vivir con piedad en Jerusalén padecerán persecución. Todos, dice, a ninguno exceptúa: y a la verdad, unos sufren persecución de la avaricia, otros de la ambición, otros de la soberbia, otros de la impureza: estos son nuestros perseguidores más peligrosos, los cuales, sin herir con la espada, penetran muchas veces nuestro corazón y comúnmente nos vencen más con sus halagos, que con el terror y la violencia; por lo que muchos que lograron la victoria

en el público combate, fueron después vencidos en esta persecución secreta: nosotros, dice el Apóstol, padecemos combates en lo exterior, y en el interior penas y temores. Es molestísima guerra la que se hace dentro del hombre cuando pelea contra sí mismo y contra sus propias concupiscencias. (S. Ambrosio, in Psalm., 118, sent. 72, Tric. T. 4, p. 327 y 328.)”

“Así como hay muchas persecuciones diferentes, hay también muchos diferentes martirios. Todos los días eres testigo y mártir de Jesucristo; cuando viéndote tentado del espíritu de impureza, te resuelves por temor del juicio del Señor, a no herir la pureza de tu alma y de tu cuerpo, eres mártir. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 73, Tric. T. 4, p. 328.)”

“No destruiré la ciudad si hubiere en ella cincuenta justos. Por aquí entendemos qué baluarte es un justo para conservar la patria. (S. Ambrosio, de Abr., c. 15, sent. 9, Tric. T. 4, p. 395.)”

“La vida del justo es mirar como comunes las riquezas que tiene, y aun repartirlas a los necesitados, cortar de sus propias comodidades, moderar el gusto, añadir la parsimonia a la templanza, contenerse en la prosperidad, tener paciencia en las adversidades, tolerancia en el dolor, magnanimidad en los peligros, no pedir perpetua sanidad, no aterrarse con la proximidad de la muerte, no pensar que es más dichoso el que abunda en parientes, en hijos, en salud, en riquezas y alegrías, que aquel a quien todo esto falta; no pesar las felicidades por las exterioridades del siglo, sino por el mérito de la virtud de la familia. (S. Ambrosio de Jacob. sent. 16, adic., Tric. T. 4, p. 367 y 368.)”

“Para el justo no es la muerte fin de la naturaleza, sino de la culpa. (S. Ambrosio, in Psalm. 61, sent. 31, adic., Tric. T. 4, p. 403.)”

“No oye Dios sino lo que le parece cosa digna de contarse entre sus beneficios; pero oye la voz devota llena de piedad y gracia. (S. Ambrosio, in Psalm., 118, sent. 37, adic., Tric. T. 4, p. 405.)”

“Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia. No basta tener simple deseo de la justicia, es preciso que apriete el hambre de aquel divino alimento: con esta expresión nos da a entender que jamás debemos creer que somos bastantes justos, sino que continuamente hemos de estar hambrientos de las obras de justicia y santidad. (S. Jerón., lib. 1, in Matth., c. 5, sent. 90, Tric. T. 5, p. 254.)”

“Dios quiere la misericordia y la verdad. Si Dios fuera solamente misericordioso, esto mismo nos inclinaría al pecado; si solamente

amara la verdad y a la justicia, ninguno pondría su esperanza en la penitencia. Por lo cual, hay en Dios dos atributos que se atemperan el uno con el otro. Si eres pecador, recurre a la misericordia de Dios, no desesperes; haz penitencia; si eres justo, no seas negligente, porque Dios es clemente y bueno; pero también es justo y ama la verdad. (S. Jerónimo, in Psalm. 83, sent. 110, Tric. T. 5, p. 258.)”

“A un mismo tiempo nos sucede desear la venida del Señor, porque siendo miserables, esperamos su misericordia; y asustarnos al considerarla, porque siendo pecadores tememos su justicia. (S. Paulino, Ep. 19, ad Delph., sent. 11, Tric. T. 5, p. 331.)”

“Sacrificad el sacrificio de justicia. Este sacrificio no pide dinero, cuchillo, altar ni fuego para ser ofrecido; con el corazón del que le ofrece se contenta Dios; para El no es obstáculo la pobreza, ni sirve de impedimento la indigencia, el lugar, ni cosa alguna exterior: en cualquier parte que os halléis podréis ofrecerle a Dios, porque en este sacrificio, vosotros solos sois el sacerdote, el altar, el cuchillo, y la hostia. Es admirable la facilidad que hay en las acciones espirituales, en las cuales no necesitamos ninguna de las cosas exteriores. (S. Juan Crisóst., Homl. in Psalm. 4, sent. 119, Tric. T. 6, p. 322.)”

“Señor, lo que no me deja temer el rigor de vuestra justicia es el que conozco la grandeza de vuestra misericordia. (S. Agust., in Psalm. 43, sent. 58, Tric. T. 7, p. 459.)”

“Con dificultad se hallará una vida inocente y justa a los ojos de aquel Señor, que todo lo juzga por las reglas puras e inviolables de su justicia. (S. Agust., in Psalm. 42, sent. 60, Tric. T. 7, p. 459.)”

“El premio de los justos es el mismo Dios: este es al que aman y quieren, y si aman otra cosa, no será casto su amor. (S. Agust., in Psalm. 72, sent. 117, Tric. T. 7, p. 465.)”

“Ninguno debe presumir de sus propios méritos, ni desconfiar de la misericordia de Dios. Jamás resplandece tanto esta divina misericordia, como cuando el pecador es santificado, y el hombre despreciado adquiere la exaltación. Las gracias del cielo no se miden por la calidad de nuestras acciones. No nos trata Dios, mientras vivimos en este mundo, entre continuas tentaciones, según nuestro mérito. Si aquí atendiera exactamente a todas nuestras iniquidades, ninguno podría sufrir el rigor de sus juicios. (S. León Papa, Serm. 1, sent. 1 Tric. T. 8, p. 382.)”

“Nuestra naturaleza mientras dura la mortalidad, aun cuando haya adelantado mucho en la virtud, es mudable: pero así como tiene en

donde caer, también tiene a donde sublimarse. La verdadera justicia de los perfectos, es no presumir jamás que lo son, para que no suceda que, cesando de andar un camino que no se ha concluido, caigan en el peligro de desmayar en donde dejaron los deseos de aprovechar. Ninguno, amados míos, es tan perfecto y tan santo, que no pueda adquirir mayor perfección y santidad. (S. León, Papa., Sermon. 40, c. 1, sent. 33, Tric. T. 8, p. 389.)”

“La justicia perfecta consiste en no hacer a otros el mal que no quisiéramos que se nos hiciese a nosotros: en desear a todos los hombres lo que deseamos para nosotros, y en amar por amor de Dios, no sólo a nuestros amigos, sino también a nuestros enemigos. (S. Cesáreo de Arlés, Sermon. 89, sent. 6, Tric. T. 9, p. 45.)”

“Cuando en este mundo nos sucede alguna cosa que nos desagrade, debemos sujetar nuestra voluntad al que no puede querer cosas injustas; porque es para nosotros grande consuelo en lo que nos molesta el pensar que sucede por orden y voluntad de Aquel a quien solamente lo que es justo puede agradar. Supuesto, pues, que solamente lo que es justo puede agradar a Dios, y por otra parte padecemos lo que Dios quiere, debemos inferir que es justo lo que padecemos y que es injusto y fuera de razón murmurar en los trabajos que son tan justos. (S. Greg. el Grande, lib. 2, in Job., c. 18, sent. 4, Tric. T. 9, p. 231.)”

“Si los que le sirven no se han hallado firmes, y encontró Dios depravación en sus mismos Angeles, ¿cuándo más consumidos y carcomidos estarán los que habitan en casas de barro y tienen por fundamento la tierra? Como si nos dijera claramente la Escritura, si los que siempre están armados con los pensamientos de la eternidad contra las tentaciones de las cosas temporales que tienen presentes, no pueden caminar por las sendas de esta vida sin contraer alguna mancha, ¿qué estragos no padecerán los que ponen toda su alegría en los placeres y sensualidades de esta habitación de carne? Porque los que le sirven no permanecen estables: quiere decir, que aun cuando el espíritu se quiera elevar a las cosas celestiales, bien presto le abaten y disipan los pensamientos carnales y terrenos. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 38, p. 171, sent. 13, Tric. T. 9, p. 234.)”

“Cuando los escogidos reconocen, examinando su vida, que en otro tiempo han pecado sin que Dios les haya enviado aflicciones, se ven sobrecogidos del terror, y su alma se turba continuamente con el justo temor en que se hallan, de que la gracia de Dios los abandone

para siempre, porque no tienen en que padecer para expiar sus culpas. Recelan que dilate durante esta vida, los efectos de su venganza, para que los sientan más severamente en la vida futura; desean padecer aquí los golpes de la corrección paternal; consideran el dolor de las heridas como un remedio favorable y único para procurarles la verdadera salud. (S. Greg. el Grande, lib. 7, c. 19, p. 220, sent. 28, Tric. T. 9, p. 238 y 239.)”

“Los justos hacen reflexiones frecuentes, ya sobre la grandeza y poder del Juez eterno, y ya sobre sus pecados y su propia miseria. Por una parte hacen la revista de las culpas que cometen en todas sus acciones, y por otra aseguran los bienes que reciben de la gracia de su Criador; consideran con cuánta severidad castiga el mal, y con cuánta exactitud examina el bien; prevén que no pueden evitar la condenación si Dios los juzga sin misericordia; porque la vida que a los ojos de los hombres parece la más justa, delante de Dios es iniquidad, si su bondad no nos excusa, o si nos trata con todo rigor. (S. Greg. el Grande, lib. 8, c. 15, p. 156, sent. 34, Tric. T. 9, p. 241.)”

“Si los justos no reciben como grandes bienes los que les ofrece el mundo, tampoco tienen como grandes males los que les hacen en esta vida. Usando con moderación de los presentes bienes, siempre están temerosos de los males por venir, y gimiendo con la opresión de los presentes males, se consuelan con los amorosos pensamientos de los bienes futuros. De este modo toman los alivios temporales como un caminante la cama de una posada, en la que sólo por algunas horas se detiene, y esto con impaciencia continua y deseo de salir. Descansa en ella su cuerpo, pero está fuera su espíritu, porque aspira sin cesar al lugar de su destino. Por esto los justos no procuran edificar casas ni habitación permanente en un país en que se consideran como extranjeros y caminantes. Solamente desean ser felices en su patria; y así, no quieren buscar la felicidad en un país que contemplan como extraño, al mismo tiempo que los impíos y los pecadores cavan los fundamentos de sus pretensiones en la tierra con tanta profundidad, cuando más distantes se consideran de la patria celestial. (S. Greg. el Grande, lib. 8, c. 54, p. 283, sent. 40, Tric. T. 9, p. 245 y 246.)”

“Feliz y dichoso aquel que tiene las manos limpias de todo regalo, dice la Escritura. Tres especies de presentes o regalos nos prohíbe la Escritura recibir: el primero, es el presente del corazón, que consiste en la estimación humana; el segundo, es el presente de la boca, que consiste en las alabanzas y en la gloria que se recibe de los aplausos

de los hombres; el tercero, es el presente de la mano, que consiste en el precio de los bienes temporales que se dan: pero el justo tiene las manos limpias de todo regalo, porque en todo cuanto hace, no pretende del corazón del hombre la vanagloria, ni de su boca la alabanza, ni de su mano gratificación; de suerte que sólo aquel no comete fraude en la obra de Dios, que ocupándose en la práctica de la virtud, no aspira a recompensas temporales, a los vanos elogios ni al favor y estimación de los hombres. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 64, p. 112, sent. 44, Tric. T. 9, p. 247 y 248.)”

“Ejerce Dios acerca de los hombres dos especies de juicios en este mundo; porque a algunos les envía los presentes males como un principio de los eternos, a otros los castiga con los males temporales para preservarlos de los eternos. (S. Greg. el Grande, *ibid.*, c. 45, p. 319, sent. 45, Tric. T. 9, p. 248.)”

“Es necesario velar continuamente sobre nuestras acciones y pensamientos; porque no suceda que se enrede nuestro espíritu entre una infinidad de inútiles cuidados de las cosas exteriores, o que no se llene de presunción porque los ha moderado; para que viviendo en esta vida con perpetua circunspección a vista de los severos juicios del Señor, evitemos los suplicios de la eternidad. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 46, p. 336, sent. 47, Tric. T. 9, p. 248 y 249.)”

“Si más te gusta ser mayor que ser mejor, no esperes premio, sino precipicio. (S. Bern., Ep. 27, ad Ardict., sent. 41, Tric. T. 10, p. 324.)”

“Con el mismo hierro cortan los cirujanos la carne de los Reyes y la de los plebeyos. (S. Bern., Tract. de Offic., c. 4, sent. 46, Tric. T. 10, p. 325.)”

“No puede menos de ser bueno el que agrada a los buenos o desagrada a los malos. (S. Bern., Ep. 148, sent. 59, Tric. T. 10, p. 325.)”

“Uno y otro agradan a Dios; el pecador compungido y el justo devoto; pero tanto le desagrada el justo ingrato, como el pecador confiado. (S. Bern., Serm. de Divin., n. 4, sent. 158, Tric. T. 10, p. 331.)”

“Los bienes de la conciencia reverdecen: no se secan con los trabajos, no se desvanecen con la muerte, sino que reflorece, alegran al que vive, consuelan al que muere, y después de muerto, le dan refrigerio, y no falta en toda la eternidad. (S. Bern., Ep. 373, ad Thom. Praepos, sent. 41, adic., Tric. T. 10, p. 361.)”

L

Lengua murmuradora.— “A tres géneros de personas comunica el murmurador el contagio de sus calumnias, porque hiere al mismo tiempo a aquel de quien habla mal; a aquellos en cuya presencia dice mal, y a sí mismo que le está diciendo. (S. Basilio, Ep. 75, sent. 79, Tric. T. 3, p. 204.)”

“Hay más exploradores de lo que se dice, que discípulos de lo que se enseña: ya no se procura la doctrina de la palabra de Dios para edificación de los asistentes, sino para blanco de los calumniadores. (S. Basilio, Homl. 9, sent. 10, adic., Tric. T. 3, p. 382.)”

“Aprenda el murmurador, viendo que le escucháis con repugnancia, a no murmurar tan fácilmente. (San Jerón., Ep. ad Nepot. 25, sent. 7, Tric. T. 5, p. 240.)”

“La falta murmuración apenas dura: la vida que hace cada uno es la mejor justificación de lo que ha pasado; apenas es posible acabar la carrera de esta vida sin recibir algún golpe de la murmuración; el vano consuelo de los vanos, siempre ha sido hablar mal de los buenos: ridículamente se persuaden a que la multitud de los que pecan disminuye y encubre sus propios pecados; pero muy pronto se apaga la llama que la murmuración enciende, si no la sustenta los defectos de nuestra vida. (S. Jerón., sent. 16, Tric. T. 5, p. 241.)”

“Ni se ha de murmurar de lo bueno que hay en nuestros enemigos, ni alabar en nuestros amigos lo que es malo; y solamente se ha de hacer juicio de los hombres por el mérito de las cosas, y no por las personas. (S. Jerón., c. 84 ad Pammach., sent. 49, Tric. T. 5, p. 247.)”

“Palabra ociosa es la que no trae utilidad alguna, ni al que la dice, ni al que la oye; mas cuando se dicen necedades y chistes que excitan a carcajadas de risas, o palabras que envuelven alguna deshonestidad, entonces no somos culpables solamente de palabras ociosas, sino de

palabras pecaminosas. (S. Jerón., in c. 12, Matth., sent. 98, Tric. T. 5, p. 256.)”

“Se debe hablar poco, y con tal moderación, que más parezca que hablamos por necesidad, el que por placer de la conversación. (S. Paulino. Ep. ad Celantium, in Append., sent. 23, Tric. T. 5, p. 332.)”

“Antes de hablar, pensad bien en lo que vais a decir, y cuidad antes de abrir la boca, que no salga de ella palabra de que os tengáis que arrepentir. De este modo es preciso que vuestros pensamientos pesen todas vuestras palabras, y que vuestro juicio sea una justa balanza que arregle los movimientos de la lengua. (S. Paulino, Ep. ad Celantium, in Append., sent. 24, Tric. T. 5, p. 332.)”

“¡Ojalá nos tenga Dios por dignos de ser maldecidos, murmurados y pisados, y aun de que nos quiten la vida por el nombre de Jesucristo, con tal de que no muera en nosotros Jesucristo! (S. Paulino, Ep. 6, ad Sev., sent. 11, adic., Tric. T. 5, p. 362.)”

“Nadie me diga, yo no murmuro sino cuando es verdad lo que digo; pues aunque el mal que decís de vuestro prójimo sea verdad, siempre es pecado decirlo. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, sent. 9, Tric. T. 6, p. 301.)”

“Aunque comiésemos nuestro pan con la ceniza, nos sería inútil toda esta mortificación, si no nos abstenemos de murmurar de nuestro prójimo; pues, como dice nuestro Señor: Lo que mancha al hombre no es lo que entra en la boca, sino lo que la sale de ella. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, sent. 10, Tric. T. 6, p. 302.)”

“No me digáis acerca de las cosas secretas, que no se deben divulgar: yo sólo he dicho a fulano, porque, así como no os habéis contenido en decirlo, debéis temer que también lo dirá aquel a quien vosotros las comunicáis. (S. Juan Crisóst., Homl. 39, Orat. 6, sent. 29, Tric. T. 6, p. 306.)”

“No debemos hablar sino cuando nuestras palabras pueden ser más útiles que nuestro silencio. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 140, sent. 142, Tric. T. 6, p. 326.)”

“Si queréis saber el mal que hay en las conversaciones domésticas, no tenéis que hacer otra cosa sino advertir con cuanta vergüenza y confusión os escuchan. Por lo cual no hay cosa más despreciable e infame que hablar de este modo, y las personas que lo ejecutan, merecen ser colocadas con los farsantes y prostitutas. (S. Juan Crisóst., Homl. 6, c. 5, ad Corint., sent. 334, Tric. T. 6, p. 373.)”

“El que murmura, es ingrato a Dios, y la ingratitud para con Dios,

es una especie de blasfemia. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, Ep. ad Philip., sent. 352, Tric. T. 6, p. 377.)”

“He empezado a sentir más el haber callado lo que debiera decir, que lo que había sentido el haber dicho lo que debiera haber callado. (S. Agust., Psalm. 38, sent. 44, Tric. T. 7, p. 458.)”

“Siempre hay riesgo en juzgar a nuestro prójimo en las cosas que sólo Dios conoce: a este Señor se ha de dejar el juicio. Mas podemos y debemos reprender a nuestros hermanos cuando sus faltas son públicas y notorias; bien que siempre con caridad y amor, aborreciendo el vicio, y no al pecado. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 26, sent. 4, Tric. T. 9, p. 44.)”

“Palabra ociosa es aquella que carece del motivo de justa severidad, o de la intención de pía utilidad. Si hemos, pues, de dar cuenta de la palabra ociosa, consideremos cual será la pena que se dará por el mucho hablar en lo cual se peca también con palabras perniciosas. (S. Greg. el Grande, Part. 3, Admonit. c. 13, sent. 13, adic., Tric. T. 9, p. 382.)”

“No despedacéis la reputación del prójimo; no ensuciéis vuestra boca refiriendo los pecados de otros. Compadeceos del mal que el pecador se hace a sí mismo, en lugar de publicar su vergüenza. Temed que os sucede lo que tan ligeramente censuráis en otros. La detracción es mayor delito que lo que se piensa; la detracción arrastra a la condenación más horrible. No hay cosa más indigna ni más vergonzosa que este vicio. No la hay más infame ni que más deshonre. Es propiedad de los perros morder y despedazar con rabia, y manchar su lengua entre la suciedad más inmunda. (S. Anselmo. Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 23, Tric. T. 9, p. 345.)”

“El hombre vicioso no se escapa de la censura y murmuración de sus semejantes. (S. Bern., 1, de Consid., c. 10, sent. 126, Tric. T. 19, p. 329.)”

“Siempre es útil guardar la boca, mas debe ser de tal modo que no falte la gracia de la afabilidad. (S. Bern., 4, de Consid., c. 6, n. 23, sent. 148, Tric. T. 10, p. 331.)”

“En todas partes se ha de refrenar la lengua, fácil a precipitarse, más sobre todo en los convites. (S. Bern., *ibid.*, sent. 149, Tric. T. 10, p. 331.)”

“No resolveré fácilmente cuál es el daño mayor: si murmurar o escuchar al que murmura. (S. Bern., 2, de Consid., n. 22, sent. 152, Tric. T. 10, p. 331.)”

Limosna.— “Como no se disminuye el agua de un pozo por más que se extraiga, así se aumentan los fondos de aquel que hace limosna, puede compararse la limosna a la abundancia de la leche que dan los pechos de una madre amorosa, porque cuanto más la saca el niño necesitado, más acude. (S. Clemente, c. 7, lib. 3, sent. 8, Tric. T. 1, p. 125.)”

“Los que tienen un verdadero deseo de ejercitar la caridad, aunque no puedan cumplirlo, recibirán de Dios la misma recompensa que los que la ejercitan verdaderamente: la voluntad es igual en ambos, aunque sean desiguales las facultades. (S. Clemente, sent. 11, lib. 4, Tric. T. 1, p. 125.)”

“El bienaventurado Apóstol San Pablo llama sacrificios a las obras de caridad para con el prójimo; porque compadecerse de los pobres y hacerles bien, es dar a usuras al mismo Dios: repartir con los más pequeños, es dar al mismo Dios, y ofrecerle un sacrificio espiritual de buen olor que le agrada mucho. (S. Cipriano, lib. de la limosna, sent. 25, Tric. T. 1, p. 302.)”

“Los muchos hijos que tengo, me dirá alguno, me impiden para que yo haga grandes limosnas; mas esto es tan al contrario, que eso mismo os debe obligar a ser más limosneros: pues cuantos más hijos tenéis, más son las personas por quienes debéis rogar a Dios, y más almas habrá que purificar, y más por quienes trabajar para que el Señor les de la salud eterna. (S. Cipriano, lib. de la limosna, sent. 32, Tric. T. 1, p. 305.)”

“La limosna tiene un no se que de divino y excelente; ella es el consuelo de los fieles, prenda de la seguridad de nuestra salvación, fundamento de nuestra esperanza, escudo de nuestra fe, y remedio de nuestras culpas. (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 33, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“en nuestros hermanos cautivos debemos contemplar a Cristo y redimir del peligro de la cautividad al que nos redimió del peligro de la muerte, para que Aquel que nos sacó de las fauces del demonio, ahora, El mismo que está y habita entre nosotros, salga de entre las manos de los bárbaros, y se redima con cierta cantidad de dinero, al que nos redimió en la cruz con el caudal de su sangre. (S. Cipriano, Ep. 60, ad Episc. Numid., sent. 6, adic., Tric. T. 1, p. 379 y 380.)”

“Dichoso es aquel que atiende con ojos atentos al pobre y al necesitado. Según uno de los sentidos de estas palabras, se puede decir que son una sentencia que exhorta a la ternura y compasión para con los pobres, porque conviene compadecerse de la miseria de los

infelices, y darles el socorro que necesitan: considerando que Dios que los hizo pobres, los ha reducido a aquel estado para ejercitarlos a ellos a la pobreza, y obligar a los ricos a que den pruebas de sus buenas resoluciones, dando limosna a los necesitados. Porque el rico se prueba con el pobre, y se advierte si vive sin consideración, compasión y ternura, o si es humano e inclinado a obras de caridad. (Eusebio de Cesárea, sent. 3, Tric. T. 2, p. 83.)”

“Dice el Apóstol: Lo que tenéis demás, dése a los pobres para aliviarles en su necesidad. Esto es, que si ocultamos y reservamos alguna cosa de nuestros bienes después de haber tomado lo necesario para la vida y el vestido, hemos de dar cuenta el día del juicio, y recibir un castigo semejante al que merecen los homicidas; porque habiendo podido con ese dinero liberrar de la muerte a muchos de nuestros hermanos, hemos despreciado esta obligación. (S. Atanasio. Quaest., 69, sent. 11, Tric. T. 2, p. 174.)”

“Si me preguntan como se podrán llamar a las limosnas que se dejan a los pobres en la muerte, respondo que se las podrá llamar sacrificios muertos. No obstante, si el que las hace ha sido misericordioso con los pobres durante su vida, las limosnas que hace cuando muere no dejan de ser recibidas de Dios con agrado. (S. Atanasio, in Matthaeum., Quaest. 90, c. 4, sent. 12, Tric. T. 2, p. 174.)”

“Si me preguntan si es permitido a los Príncipes y Jueces recibir presentes, y emplearlos en alivio de los pobres, respondo, que cuando se aceptan de los que hemos favorecido en algunas cosas de importancia, si ellos voluntariamente los ofrecen, no será malo recibirlos para distribuirlos a lo pobres, pero recibir presentes de los labradores y gentes trabajadoras que ganan el alimento con el sudor de su rostro, es granjearse los fuegos y tormentos del infierno: aunque se emplearan en toda especie de obras buenas, según aquellas palabras de la Santa Escritura. El fuego devorará las casas de los que reciben presentes. (S. Atanasio, Quaest. 116, sent. 14, Tric. T. 2, p. 174 y 175.)”

“Deseáis veros llenos de la gracia del Espíritu Santo, y no llenáis a los pobres del alimento que necesitan. Pedís las cosas grandes y no comunicáis las pequeñas. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. 3, sent. 2, Tric. T. 2, p. 336.)”

“No apartéis los ojos del que quiera que le deis prestado. Advertid que el mismo pobre que os pide limosna, la pide por medio de empréstito; porque mostrándose a Aquel rico que está en el cielo, dice que os dará por su mano lo que hubiéreis adelantado; según aquellas palabras de la Escritura. El que da al pobre presta a Dios a intereses.

La seguridad, pues, que nos da Dios es el reino de los cielos, en esto se empeña. (S. Basilio, in Psalm. 14, sent. 4, Tric. T. 3, p. 191.)”

“Si cada uno guardara para sí lo que necesita para la propia necesidad, y lo demás lo distribuyese en los pobres, a la verdad que no habría ricos ni pobres. (S. Basilio, in ditiescentes, sent. 14, Tric. T. 3, p. 193.)”

“¿Creéis que Dios es injusto por haber repartido con desigualdad en el mundo lo necesario para la vida, y por qué el uno es rico y el otro es pobre? Sabed que Dios lo arregló así para que el uno pudiese recibir la recompensa de su liberalidad y fiel administración, y el otro fuese coronado en premio de su paciencia. (S. Basilio, ibid., sent. 15, Tric. T. 3, p. 193.)”

“He visto a muchos que ayunaban, oraban y suspiraban por el arrepentimiento de sus pecados, y por último, que manifestaban todas las señales de la piedad cristiana, pero sin costarles cosa alguna, y sin dar un dinero a los pobres. ¿De qué les servía la práctica de otras virtudes? Pues es cierto, que sin la limosna todo lo demás no puede abrir la entrada al reino de los cielos. (S. Basilio, ibid., sent. 16, Tric. T. 3, p. 103.)”

“Aquel que tiene más bienes que los precisos para las necesidades de la vida, tiene obligación por precepto del Señor, que le dio todo lo que tiene, a emplearlos en el alivio ajeno. (S. Basilio, Reg. 48, c. 2, sent. 42, Tric. T. 3, p. 197.)”

“Para negar al pobre que pide, alegas mil ocasiones de gastos. Pero ¿qué responderá al Juez, si vistiendo las paredes no vistes al pobre? (S. Basilio, sent. 6, adic., Tric. T. 3, p. 381.)”

“Si se debe dar la vida por los amigos, ¿qué diremos de los bienes que son de menor precio? (S. Basilio, Interrog. 162, resp., sent. 14, adic., Tric. T. 3, p. 383.)”

“Los que siendo nobles caen en la pobreza, son más infelices y más dignos de compasión que aquellos que se han acostumbrado en todo tiempo a la miseria; por lo cual debemos tenerles más compasión e inclinarnos más a su asistencia. (S. Greg. Nacian., Orat. 16, sent. 28, Tric. T. 3, p. 356.)”

“Una de dos: o abandonar todos nuestros bienes por Jesucristo, para seguirle verdadera y sencillamente llevando su cruz, o repartir de nuestros bienes con El para que los que nos restan para nuestra decencia y necesidad, puedan quedar santificados con la porción que damos a los pobres. (S. Greg. Nacian., ibid., sent. 29, Tric. T. 3, p. 356.)”

“Dad a lo menos alguna cosa al pobre; porque eso poco será mucho para aquel a quien todo le falta; y el mismo Dios lo contará por mucho, si es lo proporcionado a vuestras fuerzas. (S. Greg. Nacian., *ibid.*, sent. 30, Tric. T. 3, p. 356.)”

“¿Pensáis acaso que la liberalidad con los pobres es cosa libre, y no de obligación? ¿Que es puro consejo y no precepto? También yo lo desearía y lo creería como vosotros, si no me tuviera asustado aquella separación a la izquierda, que ha de hacer el Juez eterno de los cabritos que nombra en su Evangelio, y por las reconvenciones espantosas con que confundirá a los réprobos, no porque robaron los bienes ajenos, sino porque no emplearon bien los propios, socorriendo a Jesucristo en sus pobres. (S. Greg. Nacian., *ibid.*, sent. 31, Tric. T. 3, p. 356.)”

“La prontitud y alegría en dar limosna es cosa más excelente y perfecta que la limosna misma. (S. Gregorio Nacian., *Orat.*, 19, sent. 34, Tric. T. 3, p. 357.)”

“En la dificultad de distinguir los verdaderos pobres, más vale dar a los que no lo son, que privar del alivio a los que lo necesitan, cuando no hay otro recelo, sino el de dar limosna a los que no la merecen. (S. Greg. Nacian., *ibid.*, sent. 35, Tric. T. 3, p. 357.)”

Todo cuanto es superfluo y excede el uso de lo perteneciente a la vida como necesario, es materia de intemperancia. (S. Greg. Nacian., *Orat.* 38, sent. 44, Tric. T. 3, p. 359.)”

“Al que no fuere misericordioso le argüirá Dios: no has traído a este siglo eterno la humanidad, no tienes lo que no tuvistes, no hallas lo que no depositaste, no coges lo que no repartiste, no segarás lo que no sembraste. Sembraste aspereza, ahí tienes la cosecha; cultivaste el rigor con el pobre, toma lo que escogiste; no te has condolido de nadie, no será mirado con misericordia; esta huirá de ti. ¿Te daba fastidio el pobre? Ahora le causarás tu al que por ti se hizo pobre. Cuando esto te se diga, ¿en dónde estará el oro? ¿En dónde la resplandeciente vajilla? Y ¿de qué te servirá todo eso para remediar aquel llanto y aquel crujido de dientes? ¿Quién apagará aquella llama? ¿Quién te quitará aquel gusano que jamás ha de morir? (S. Greg. de Nisa, in *Eccles.* II. 2, sent. 10, *adic.*, Tric. T. 4, p. 359.)”

“Leemos en la Escritura: No digas al pobre que te pide limosna, mañana te dará. Si Dios no puede sufrir que digáis al pobre, mañana te dará, ¿cómo sufrirá que le digáis, no quiero darle? Propiamente hablando, no dais al necesitado lo que es vuestro, sino lo que es suyo.

Los bienes que estáis usurpando para vosotros solos, los ha dado Dios para el uso común de los hombres. A todos, y no solamente a los ricos pertenece la tierra, por más que sean más los que no gozan de estos bienes que se les habían dado, que los que los disfrutaban... No dais, pues, a los pobres sino lo que en el orden de Dios es suyo: aun por esto dice la Escritura: Abrid vuestro corazón al pobre, y dadle lo que le debéis. (S. Ambrosio, de Nab., c. 12, sent. 34, Tric. T. 4, p. 320.)”

“Si es grande mal no dar limosna a los extraños, ¿cuánto mayor será sin comparación negarla a los padres? Me diréis que queréis mejor, darla a la iglesia, que a vuestros padres: guardaos mucho de decir esto, porque Dios no recibe dádivas que le vienen del hambre que padecen vuestros padres. (S. Ambrosio, lib. 8, c. 17, sent. 89, Triuc. T. 4, p. 331.)”

“Es orden de Dios que alimentéis a vuestros padres con preferencia a todos los otros pobres, porque si según la ley divina, los ultrajes que se hacen a un padre son dignos de muerte, ¿cómo no merecerá mayor castigo el hambre que se les hace sufrir, lo cual es más cruel que la misma suerte? (S. Ambrosio, *ibid.*, sent. 90, Tric. T. 4, p. 331.)”

“No se ha de examinar simplemente cuánto es lo que se da a los pobres, sino que bienes tiene el que da, y el espíritu con que los reparte. (S. Ambrosio, in Epist. 2, ad Corin., c. 29, sent. 99, Tric. T. 4, p. 333.)”

“La perfección de la limosna, es ocultarla con el velo del silencio, y socorrer con tanto secreto las necesidades de los pobres, que nadie pueda alabarnos. (S. Ambrosio, de doctrin. fidei, c. 30, sent. 127, Tric. T. 4, p. 339.)”

“Las mayores limosnas consisten en redimir los cautivos, principalmente los que están en poder de los bárbaros; los cuales, por no tener en el corazón sentimiento de humanidad que los inclinen a la misericordia, solamente por avaricia y por aprovecharse del rescate, reservan a estos infelices. Las limosnas principales después de estas, son pagar por los que no tienen medios, cuando los instan los acreedores, cuando la deuda es legítima y la miseria de los deudores se ve destituida de toda asistencia; alimentar los niños pobres; proteger los pupilos, y por último, casar las doncellas huérfanas para conservarlas en la pureza; asistiéndolas no sólo con el cuidado, sino también con la hacienda. (S. Ambrosio, de doctrin. fidei, c. 15, sent. 132, Tric. T. 4, p. 340.)”

“No sin causa aquel Dios que es bueno y justo os impuso la obligación de dar a los pobres, y quiso que los pobres tuviesen la necesidad de pedir. Reconoced que sois depositarios de los bienes del Señor para con otros siervos suyos; y no penséis que la tierra produce sus frutos sólo para satisfacer a nuestra gula y sensualidad. Reconoced que los bienes que poseéis se os han entregado, más para dispensarlos que para retenerlos. Vosotros hacéis vuestro gusto por poco tiempo, y abusáis de ellos cuando los hacéis servir a la sensualidad; pero en pasado este vicio con la vida, os llamará Dios a su presencia para que deis la más exacta cuenta de vuestra administración. (S. Ambrosio, Serm. 81, sent. 151, Tric. t. 4, p. 345.)”

“¡Qué vergüenza es para nosotros negar a nuestros hermanos el pan de la tierra, al mismo tiempo que recibimos en nuestras bocas el pan del cielo! (San Ambrosio, *ibid.*, sent. 152, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“No es menor delito quitar los bienes al que los tiene, que negárselos a quien le faltan, cuando nosotros estamos abundantes y podemos dar. (S. Ambrosio, *ibid.*, sent. 153, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Te gustan los preciosos adornos, cuando otros no tiene pan. ¡Oh poderoso! ¿Qué terrible juicio te preparas? El pueblo padece hambre, y tú cierras tus graneros.. Infeliz es aquel que tiene poder para librar de la muerte tantas vidas y le falta la voluntad. El diamante de tu sortija puede conservar la vida de todo un pueblo. (S. Ambrosio, de Nabot., c. 13, sent. 23, *adic.*, Tric. T. 4, p. 400.)”

“No darás a tu prójimo para que te vuelva más: esta sentencia de Dios excluye todo argumento. (S. Ambrosio, de Tob., c. 25, sent. 25, *adic.*, Tric. T. 4, p. 401.)”

“No me tengáis por hombre que esté mal con vuestras utilidades. ¿Os parecerá que os quito el deudor que teníais en ese hombre? Pongo en su lugar a Jesucristo. Os señalo al que no es capaz de fraude: dad a Dios en las manos del pobre vuestros dineros e intereses. A éste le tenéis que encarcelar; pero a Dios siempre le tenéis seguro... su mismo Evangelio es la Escritura. (S. Ambrosio, *ibid.*, c. 16, sent. 26, *adic.*, Tric. T. 4, p. 401.)”

“Bien se que algunos han dicho... qué es lo que pretendía el Obispo tratando de los usureros: ¡Cómo si hubiéramos introducido algún uso nuevo y no fuera muy antiguo el de prestar a intereses! Es verdad, no lo niego; pero es antiguo el pecado... desde que hubo Eva, hubo culpa. (S. Ambrosio, *ibid.*, c. 23, sent. 26, *adic.*, Tric. T. 4, p. 401.)”

“Si tenéis alguna cosa más que lo necesario para la vida y el

vestido, dadlo al pobre, conociéndoos en esto mismo sus deudores. (S. Jerón., sent. 58, Tric. T. 5, p. 248.)”

“Contentémonos con tener para vivir y vestirnos, y empleemos en el sustento y necesidad de los pobres todo lo demás que tenemos. (S. Jerón. in Ecclesiastem. c. 3, sent. 81, Tric. T. 5, p. 253.)”

“Bienaventurados los misericordiosos. La misericordia no sólo tiene por objeto la limosna, sino también todos los defectos de nuestros hermanos, si los unos llevamos la carga de los otros. (S. Jerón. lib. 1, in Matth. c. 7, sent. 91, Tric. T. 5, p. 254 y 255.)”

“Podiera alguno excusarse de hacer limosna, y decir: Mi pobreza me lo impide, yo no puedo ejecutar la hospitalidad. Pero nuestro Señor nos quita este vano pretexto con el precepto tan fácil de observar, como es dar con todo el corazón un vaso de agua fría; con toda expresión dice agua fría, y no agua caliente, para que ninguno pueda excusarse porque le falta la leña por su mucha pobreza. (S. Jerón., in c. 10, Matth. sent. 97, Tric. T. 5, p. 256.)”

“Cuando damos, no debemos considerar nuestra limosna como un bien que viene de nosotros, sino que nos vino puramente de la liberalidad de Dios. Tampoco debemos dar al pobre simplemente como a un pobre, sino como quien da a un hermano, considerando que si nosotros le damos de los bienes de la tierra, él nos procura los del cielo; porque el pobre nos da más que recibe. Nosotros solamente le damos el pan que se consume en un sólo día, y él nos dará por este pan un reino eterno. (S. Jerón., in Psalm. 133, sent. 115. Tric. T. 5, p. 259.)”

“Cuando dais la limosna, tenéis más obligación de dar gracias a Jesucristo, que la que resulta en el pobre de agradeceros lo que recibe: pues es preciso confesar, que los pobres nos grangean grandes beneficios; porque la limosna extingue en nosotros los pecados que de otro modo no pudiéramos lavar, según aquellas palabras de la Escritura: Así como el agua apaga el fuego, así la limosna extingue los pecados. En este particular tiene la limosna el efecto del bautismo. (S. Jerónimo, in Psalm. 133, sent. 116, Tric. T. 5, p. 259.)”

“No miréis la limosna como pérdida, sino como ganancia; ni como dispendio, sino como comercio; porque recibís más de lo que habéis empleado. Solamente dais pan, y recibís la vida eterna; dais los vestidos que se gustan, y recibís la vestidura de la inmortalidad; dais una pieza de vuestra casa, y recibís el reino del cielo; dais las cosas perecederas, y recibís las permanentes y eternas. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, sent. 27, Tric. T. 6, p. 305.)”

“La limosna es una cosa admirable; gustemos, pues, de practicarla, porque no tiene igual. Tiene la limosna poder para borrar los pecados, y oponerse a nuestra condenación. Aun cuando estáis callando, ella levanta su voz y habla por vosotros; de este modo no necesitáis hablar, porque las bocas de los pobres gritan en alta voz por vosotros. No obstante ser la limosna tan excelente, somos cobardes y negligentes en practicarla. Dad a los pobres pan, según vuestro poder, y si no le tenéis, dad un dinero; si aun esto no tenéis, dad por lo menos un vaso de agua fría; aun cuando esto no podáis, compadeceos de la miseria de los pobres y afligidos, que no os faltará el premio. (S. Juan Crisóst., Homl. 57, de penit. 3, sent. 33, Tric. T. 6, p. 306.)”

“No consiste la virtud de la limosna en dar, sino en repartir del modo y con el fin que Dios nos manda. (S. Juan Crisóst., Homl. 19, c. 6, sent. 46, Tric. T. 6, p. 308.)”

“Los pobres, me decís, están inventando todos los días mil falsedades. Eso mismo los hace más dignos de compasión; porque la necesidad a que se ven reducidos, los pone en el extremo de tener que mentir para vivir. Les decís muchas veces en su cara: ¿no te he dado ya muchas veces? ¿Pues qué, hermanos, ese pobre no ha de vivir hoy porque ha vivido ayer? (S. Juan Crisóst., Homl. 36, sent. 58, Tric. T. 6, p. 310.)”

“Cuando vemos un pobre, traigamos a la memoria que dijo Jesucristo: Que a El mismo se le da limosna. Aunque no es realmente Jesucristo el que se nos pone delante, Jesucristo es el que pide y recibe nuestras limosnas bajo la figura de aquel pobre. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 89, sent. 76, Tric. T. 6, p. 313.)”

“Contentémonos con el alimento y el vestido, como nos enseña el Apóstol: porque es preciso dar a los pobres lo que exceda a las necesidades de esta vida. (S. Juan Crisóst., Serm. 18, sent. 208, Tric. T. 6, p. 341.)”

“Si tenéis con qué hacer limosna, dadla a los pobres, si no tenéis medios, no os obliga Dios a que la deis; si no teñeis pan, vestidos o dinero, que repartir con los necesitados, postraos delante de Dios, herid vuestro pecho, derramad lágrimas, gemid, llorad, levantad las manos al cielo y a los ojos a Dios, ayunad y velad. Todo hombre, por pobre que sea, puede hacer esto, y no tiene pretexto para excusarse. Procurad, pues, ofrecer estas cosas al Señor y en todo tiempo. (S. Juan Crisóst., Serm. de Pseudoproph., sent. 249, Tric. T. 6, p. 351.)”

“Jamás os dejen las limosnas y la fe. No dice el Apóstol, haced

limosna una vez, diez o cien veces, sino siempre: y no dice, no dejéis las limosnas, sino no os dejen; para que entendamos que nosotros necesitamos de las limosnas, y no ellas de nosotros, y para enseñarnos que no debemos omitir diligencia alguna para retenerlas con nosotros: por lo cual nos dice la Escritura: Ponedlas alrededor de nuestro cuello. (S. Juan Crisóst., in Ep. ad Philip. Praef., sent. 348, Tric. T. 6, página 376.)”

“No os preguntará Dios algún día, si habéis dado mucho, sino que examinará si habéis dado a proporción de vuestros bienes; y si halla todo lo contrario, todo lo que habéis dado, será en presencia de Dios un juguete y una burla. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, Ep. ad Colon., c. 3, sent. 356, Tric. T. 6, p. 377.)”

“Todo lo hace puro la limosna; esta excede al ayuno, y al dormir en tierra. Aunque estas penitencias sean más molestas y laboriosas, la limosna es de más lucro; ilumina al alma, la nutre y la hermosea. (S. Juan Crisóst., Homl. 80, sent. 7, adic., Tric. T. 6, p. 453.)”

“Confiáis a la tierra vuestra hacienda, y esta os vuelve más: ¿receláis, acaso, que la perderéis si la dais a Jesucristo? (S. August., Psalm. 32, sent. 38, Tric. T. 7, p. 457.)”

“Si tenéis muchos hijos a quienes asistir, cuenta uno más, dando también alguna cosa a Jesucristo. (S. August., Psalm. 38, sent. 47, Tric. T. 7, p. 458.)”

“En el destino de vuestros bienes, ¿qué es lo que guardáis para Jesucristo, y qué es lo que guardáis para vuestros hijos? Entre los que tenéis sobre la tierra contad con ellos un hermano que tienen en el cielo, y ya que debieran, cederle toda la herencia, a lo menos repartan con El. (S. Agust., Psalm. 48, sent. 64, Tric. T. 7, p. 460.)”

“No despreciéis a pobre alguno que os pida limosna, dadle lo que podáis, y sin nada podéis, a lo menos manifestadle la compasión y la benignidad. (San Agust., Psalm. 103, sent. 147, Tric. T. 7, p. 468.)”

“Jesucristo os está secretamente pidiendo en sus pobres, aun cuando nada os piden, y su voz, aun cuando en ellos esté muda, es muy fuerte, porque en cuanto a este punto no es muda en el Evangelio. (San Agust., Psalm. 146, sent. 169, Tric. T. 7, p. 469.)”

“¿Queréis presentar a Jesucristo un ayuno puro y un celo verdadero? Mirad con ojos favorables a los que luchan contra la pobreza, cuanto un monstruo tan lleno de rabia y de furor. (S. Cirilo Alejand., Homl. 5, in Pascha, sent. 19, Tric. T. 8, p. 103.)”

“Cada vez que la caridad nos inclina a aliviar las ajenas miserias,

procuramos a nuestras almas grandes adelantamientos. Si estamos persuadidos a que todo cuanto damos a los pobres se convierte en nuestra utilidad, no debemos sentir repugnancia en repartir con ellos nuestros bienes; es preciso aliviarlos con alegría y prontitud. Alimentar a Jesucristo en el pobre, es atesorar en el cielo. Al ver la desigualdad con que están repartidos los bienes, reconoced las ordenas de la bondad y providencia de Dios. Quiso que tuviéreis con abundancia, para que pudiéseis asistir y socorrer en sus necesidades a los otros: con vuestra caridad impedís el que ellos padezcan las incomodidades de la miseria, y vosotros os libráis de la multitud de los pecados. ¡Oh, qué admirables son la bondad y providencia de nuestro Criador! Una acción sola remedia las necesidades de dos personas. (S. León Papa, Serm. 5, sent. 3, Tric. T. 8, p. 382 y 383.)”

“Es preciso, hermanos, valerse de una ingeniosa necesidad para descubrir al que se oculta con el velo de la modestia, y al que la vergüenza detiene. Hay muchos que no se atreven a pedir en público lo que necesitan: más quieren padecer las incomodidades de una miseria secreta y oculta, que la confusión que sentirían pidiendo a cara descubierta la limosna. Es necesario, pues, usar de destreza para descubrirlos y consolarlos en la necesidad que de vergüenza no manifiestan: y así será doble el consuelo, viéndose socorridos con la atención, debido a su pudor. (S. León, Papa, Serm. 8, sent. 4, Tric. T. 8, p. 383.)”

“Hay algunos que cumplirán con exactitud los demás preceptos del Señor, pero no hacen limosnas. Estos creen que el mérito de su fe y de otras buenas obras que practican, suple por las virtudes que les faltan y que serán tratados favorablemente. Mas nos está mandada la caridad con los pobres de tal suerte, que sin ella de nada servirán las demás virtudes. Por más que seas fiel, casto y sobrio, y aunque añadáis a esto el adorno de otras virtudes, si no tenéis celo por los pobres, no lograréis la misericordia; porque dice el Señor: Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia. (S. León Papa, Serm. 9, sent. 5, Tric. T. 8, p. 383.)”

“Nos dice Jesucristo: Bienaventurados los misericordiosos; porque el Señor los tratará con misericordia: para darnos a entender, que aquel riguroso examen que se ha de hacer delante del trono de nuestro terrible Juez, se arreglará por el modo con que hayamos procedido con los pobres; los despiadados serán condenados al fuego con los demonios, y los que hayan sido caritativos, reinarán con Jesucristo.

¡Qué de acciones olvidadas se verán entonces! ¡Qué de pecados ocultos se manifestarán! ¡Qué de retirados escondrijos de la conciencia se registrarán! ¡Quién podrá lisonjearse de tener el corazón puro, y hallarse sin pecado? La caridad que se haya ejercitado con los pobres, será la que venza el rigor del juicio. Las obras de clemencia, mitigarán la severidad de la justicia. (S. León Papa, Sermon. 10, sent. 6, Tric. T. 8, p. 383 y 384.)”

“Constancia, ¡oh limosnero cristiano! Da para recibir, siembra para segar, derrama para coger. No temas perder lo que das, no suspites por la ganancia como si fuera dudosa. Se aumentan tus bienes cuando se reparten bien; y apetecer el justo lucro de la misericordia, es seguir el comercio de unas eternas ganancias. Quiere el que te ha de recompensar que seas liberal; y el mismo que te da lo que tienes, te manda que des, cuando dice: Dad, y se os dará. (S. León Papa, Sermon. 18, c. 2, sent. 11, Tric. T. 8, p. 384 y 385.)”

“Supuesto que se fatigan inútilmente los que nada omiten de la humillación del ayuno si no lo santifican con la limosna según sus posibles, es preciso que den con más abundancia el alimento a los pobres los que tienen menos fuerzas para observar la abstinencia, recompensando con las liberalidades la dispensa de no ayunar, para que de este modo repartan, por decirlo así, sus enfermedades con los pobres. Un hombre flaco o enfermo que se exceptúa del ayuno, no merece reprensión si procura subvenir al hambre del pobre. Este no peca tomando el alimento, porque la limosna purifica del todo su intención, según aquellas palabras del Señor: Dad limosna y todas las cosas os serán puras. (S. León Papa, Sermon. 85, sent. 66, Tric. T. 8, p. 399.)”

“Ahorremos de nuestro ordinario alimento alguna cosa que pueda servir para socorrer a los pobres. El amor del prójimo es el amor de aquel Dios que puso el complemento de la Ley y los Profetas en la unión de una y otra caridad; y para que ninguno dude que ofrece a Dios lo que reparte con el hombre, dijo el Salvador, hablando de sustentar y socorrer a los pobres: Lo que hicisteis por uno de estos, por mí lo hicisteis. (S. León Papa, Sermon. 94, c. 4, sent. 77, Tric. T. 8, p. 402 y 403.)”

“Una enhorabuena de los bienes que el Señor te concede, mas para emplearlos en buenas obras y en cumplimiento de los preceptos, y según la doctrina del Señor. Experimenten los pobres que eres rico: beneficie tu abundancia al necesitado: y para conseguir los premios

del Señor, pides por la boca de todos los que dirigen por tu alma sus oraciones. Acopia en el cielo tesoros y posesiones, cuyos frutos durarán siempre, libres de las injusticias de los hombres, y de las injurias del tiempo: no los abrasará el sol ni los pudrirá la lluvia. Pecas contra tu Dios si crees que puedes hacer otro uso de las riquezas que el de emplearlas en salvarte; pues de otro modo, el grande patrimonio sólo será una poderosa tentación: si no se hace buen uso de él, ya las riquezas en vez de rescatarnos de las culpas, sólo sirven para aumentarlas. (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 10, Tric. T. 1, p. 297.)”

Lujo.— “Si traes costosos y exquisitos vestidos, y te presentas en público, de suerte que te lleves los ojos de la juventud, o arrastres sus afectos, dando ocasión a concupiscencia, aun cuando tú no te pierdas, no podrás evitar la ruina de tus prójimos, siéndoles más pernicioso que el hierro y el veneno: ¿y tendrás entonces excusa que te disculpe, o podrás pensar que eres casta de espíritu? (S. Cipriano, lib. del traje de las Vírgenes, sent. 9, Tric. T. 1, p. 297.)”

La profanidad de los trajes, los afeites del rostro, y todo lo que contribuye a relevar la hermosura, solamente corresponde a las mujeres deshonestas y prostitutas: pues ninguna cuidan más de adornar su cuerpo, que las menos cuidadosas de su honor. La Escritura pintándonos una ciudad entregada a la fornicación, nos la representa en la figura de una cortesana gallardamente vestida, y dice: que sus mismos adornos la producirán su ruina: procuren, pues, las doncellas castas evitar la compostura de las mujeres licenciosas. (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 11, Tric. T. 1, p. 298.)”

“El temor de Dios que la fe me inspira y la caridad paterna que me anima, me obligan a exhortar no sólo a las doncellas y viudas, sino también a las casadas, a no pintarse el rostro o cabellos, porque dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. ¿Habrá quien se atreva a enmendar y alterar la obra de Dios? querer reformar lo que el mismo Dios ha formado, es levantar la mano contra Dios: todo cuanto nace, es obra del mismo Dios: y cuanto en esto se muda, es hechura del demonio. (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 12, Tric. T. 1, p. 208.)”

“Yo os concedo que esos disfraces no os hagan mujer impúdica en el sentir de los hombres, mas, ¿no sois peor que una adúltera cuando procuráis corromper de ese modo la hechura de Dios? La pintura de que usáis tira a destruir la obra del Señor, y a alterar la verdad y sencillez de la naturaleza. Imitáis los ojos encendidos de la

serpiente, pero como copiáis del diablo, que es vuestro enemigo, los artificios que empleáis en adornarnos, algún día arderéis con él en el abismo. Vean ahora las mujeres casada si las podrá servir de excusa el lisonjearse de que se adornan sin otro fin que el de agradar a sus maridos. Examinen bien si es cierto que enredan a sus esposos en la complicidad de su delito por el consentimiento que las dan. (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 13, Tric. T. 1, p. 298.)”

“Vuestros vestidos deben ser sencillos y sin invenciones: no lo debéis traer tanto por ornamento, sino por necesidad, porque es preciso guardarse de que con pretexto de necesidad de cubrir la desnudez vergonzosa, no caigáis en otro exceso indecoroso a un cristiano, cual es el de cubrirse con vestidos demasiado ricos y magníficos. (S. Cirilo de Jerusalén, *Cath.* 4, sent. 6, Tric. T. 2, p. 337.)”

Las mujeres no deben de modo alguno pretender dar realce a su hermosura con el adorno, sino ocuparse en buenas obras, persuadidas a que estas son todo el adorno de las mujeres cristianas. (S. Basilio, *Reg.* 73, c. 5, sent. 50, Tric. T. 3, p. 198.)”

“Sea la gracia y no los cabellos el adorno de las mujeres, la perla de la castidad, y no las piedras preciosas: despidan de sí la fragancia de las buenas obras y no la de los costosos perfumes. Tengan presente que son hijas de aquella hija del Rey que tiene en su interior toda su gloria. (S. Paulino, *Ep.* 4, ad Sever., sent. 5, *adic.*, Tric. T. 5, p. 361.)”

“Siempre es malo adornarse con el oro, pero todavía es mucho peor venir con esta magnificencia al templo. (S. Juan Crisóst., *Homl.* 90, c. 28, sent. 77, Tric. T. 6, p. 313.)”

“El gran cuidado del adorno exterior del cuerpo, es señal de la fealdad interior del alma; el andar buscando las delicias de los sentidos, da a entender el hambre y esterilidad del corazón; y la afectación en los vestidos que cubren la carne, es un testimonio de la desnudez del alma. A la verdad, es imposible que el que tiene mucho cuidado de su alma y trabaja por hermosearla, tenga gran pasión por adornar su cuerpo; pues la aplicación a los exteriores adornos, es incompatible con el cuidado de adornar el interior. (S. Juan Crisóstomo, *Homl.* 37, in *Genes.*, sent. 105, Tric. T. 6, p. 318 y 319.)”

“Cuando las Escrituras santas prohíben a las mujeres adornarse, mucho más dan a entender, que es menos conveniente a un hombre el adorno, y que el vestido de éste, sólo debe servir a la necesidad; por lo cual, el Apóstol, no dice con qué vestirnos, sino con qué cubrirnos, para dar a entender, que no ha de ser para adornarnos. (S. Juan Crisóst., sent. 253, Tric. T. 6, p. 352.)”

“Es una señal de estupidez, pequeñez de espíritu y blandura del alma, hacer caso de la hermosura de la riqueza y de la compostura de los vestidos; porque como el alma es para otras cosas más grandes, si llega una vez a saber, en qué consiste su verdadero adorno, mirará con desprecio todo ese vano resplandor que sólo brilla en los vestidos. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 254, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“¿Quieres, mujer cristiana, pasar por hermosa y bien adornada? sean pues, suficientes para ti los adornos que Dios puso en ti cuando te crió. ¿Por qué va a buscar fuera el oro y la pedrería? ¿Para qué empleas disfraces, como para reformar y corregir la obra de Dios. ¿Quieres que te estimen por hermosa? revístete, pues, de la limosna de la virginidad, de la modestia y la templanza, y despójate de todo fausto y vanidad. Estos son unos adornos mucho más preciosos que el oro y los diamantes. (S. Juan Crisóst., *Homl.* 10, c. 4, *Ep. ad Coleman.*, sent. 359, *Tric. T.* 6, p. 378.)”

“¿No es una cosa ridícula ver entrar en la iglesia algunas mujeres tan adornadas y compuestas? ¿No es burlarse de Dios venir cubiertas de oro y pedrería a un lugar en donde vienen a aprender que no deben las cristianas adornarse con el oro y piedras preciosas, ni llevar suntuosos vestidos? ¿Para qué venir así a la iglesia? ¿Venís a insultar a los Santos Apóstoles? ¿Venís a decir a San Pablo, que aunque repitiese mil veces la misma doctrina, no le habíais de seguir ni mudar de conducta? (S. Juan Crisóst., *Homl.* 28, *ad Hebr.*, sent. 390, *Tric. T.* 6, p. 385.)”

“Los vestidos preciosos y delicados indican la debilidad del ánimo. (S. Bern., *Apol.*, *ad Guil.*, c. 9, sent. 139.)”

“El regalo de la garganta que en tanto se estima hoy, apenas se extiende al espacio de los dedos. (S. Bern., *de Convers.*, *ad Cler.*, n. 13.)”